

ENCUENTRO:

Reflexiones sobre cultura y sociedad

N.º 1 / abril de 2018

Rusia y 1917. Una mirada cien años después

José Camilo Vásquez Caro y Juan Carlos Lopera Téllez

Compiladores



ESCUELA
COLOMBIANA
DE INGENIERÍA
JULIO GARAVITO

E D I T O R I A L

COLECCIÓN DIGITAL DE OBRAS BREVES

Encuentro: reflexiones sobre cultura y sociedad

Colección Digital de Obras Breves

Organizadores

José Camilo Vásquez Caro
Juan Carlos Lopera Téllez
Milena Mosquera Mejía

© José Camilo Vásquez Caro y
Juan Carlos Lopera Téllez, 2017
© Escuela Colombiana de Ingeniería
Ak 45 N.º 205-59
www.escuelaing.edu.co

Compiladores

José Camilo Vásquez Caro y Juan Carlos Lopera Téllez

Editorial Escuela Colombiana de Ingeniería

Telefax 668 3600, ext. 397 • editor@escuelaing.edu.co

Dirección editorial

Cristina Salazar Perdomo
cristina.salazar@escuelaing.edu.co

Coordinación editorial

Jorge Cañas Sepúlveda
jorge.canas@escuelaing.edu.co

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio,
sin autorización escrita de la Escuela Colombiana de Ingeniería.

Hecho en Colombia - Made in Colombia

Bogotá, abril de 2018

Contenido

Prólogo

José Camilo Vásquez Caro
Juan Carlos Lopera

Rusia y 1917. Una mirada cien años después

José Camilo Vásquez Caro

Cien años de la Revolución Rusa de 1917: políticas estéticas y resistencia popular

Enrique Delgado Escrucería

La mujer en la Revolución Rusa

Milena Mosquera Mejía

¿Qué nos puede decir el arte acerca de la Revolución Rusa?

David Mauricio Figueroa Melo

La revolución rusa de 1917 y su impacto en Colombia: el caso de la colectivización de la tierra

Juan Carlos Lopera Téllez

Prólogo

La Revolución Rusa de 1917 fue un acontecimiento que cambió el rumbo de la historia del siglo XX y que, de una forma u otra, tuvo repercusiones en todos los rincones del globo. Noviembre de 1917 fue el punto de inicio de un proceso de consolidación de un nuevo orden mundial. A lo largo de varios años, incluso décadas, este nuevo orden humano se fue consolidando por medio de discursos y acciones, pasando por manifestaciones en la plaza pública y publicaciones en periódicos y libros hasta conflictos bélicos de talla mundial.

Hoy en día todavía podemos percibir la huella o la manifestación de algunas de las ondas que se preservan. Y no es para menos: la revolución bolchevique sacudió profundamente los cimientos de la civilización europea del siglo XIX y marcó el ritmo de las dinámicas del siglo XX. Podría afirmarse que gran parte de nuestro presente está permeado por secuelas de este acontecimiento magno. Si hacemos un análisis o una lectura crítica del mundo contemporáneo, bien sea desde lo político, lo económico, lo social o incluso lo científico y tecnológico, en un par de pasos podemos encontrar una conexión significativa con el quiebre de 1917.

Como bien lo señaló el historiador británico Eric J. Hobsbawm, el breve siglo XX (1917-1989) estuvo marcado y definido por la dinámica antagónica entre el orden capitalista y el sistema comunista. Al caer el muro de Berlín, el globo entero entró en una nueva etapa de la historia que poco a poco se ha ido consolidando. La caída del gigante soviético abrió el escenario para el surgimiento de nuevas potencias y nuevas alianzas. No en vano en los años noventa se consolidó la Unión Europea como fuerza política y económica, rompiendo barreras de idiomas y etnias. El siglo XXI ha estado marcado por la dinámica de una sociedad global o de una globalización. Sin embargo, basta leer las noticias del mundo para ver que perduran tensiones del viejo orden bipolar de la Guerra Fría. Aunque el discurso del comunismo ya no es controversial en el escenario mundial, sí hay polémicas profundas que afectan a toda la humanidad. Estemos donde estemos no podemos omitir la relevancia de Rusia como potencia mundial y su rivalidad con los Estados Unidos de América. La consolidación de las dos potencias en gran parte está atada al acontecimiento detonador de 1917.

El propósito de esta obra breve de divulgación cultural es invitar a pensar en aspectos de la Revolución Rusa. En las siguientes páginas el lector podrá explorar diversas interpretaciones del acontecimiento, que fueron presentadas como ponencias en el evento “100 años de la Revolución Rusa”, llevado a cabo del 14 al 17 de noviembre de 2017 en la Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito.

Son cinco textos que se conectan con la Revolución Rusa. El primero es una lectura desde la historia y el significado de 1917 como acontecimiento estructural, que sirve de marco general de interpretación de los textos siguientes. El segundo se centra en el papel que desempeñó la mujer durante la revolución de 1917, explicando el contexto previo y enfatizando en figuras como Nadezhda Krupskaya, Alexandra Kollontái, Inessa Armand, Natalia Sedova y Larisa Reisner. El tercero es una mirada a los acontecimientos

de 1917 a partir de sus repercusiones en la literatura y el cine, particularmente en las obras de Nikolái Ostrovski, Boris Pasternak, Sergei Eisenstein y Warren Beatty. El cuarto texto se centra en la relación de Colombia con la Revolución Rusa, que explora la acogida de una de las iniciativas centrales del proyecto comunista en suelo colombiano, a saber: la colectivización de la tierra. La quinta y última se centra en el concepto mismo de “revolución”; aquí, utilizando como referencia los acontecimientos de 1917, se busca identificar un marco interpretativo de los procesos de resistencia ciudadana y movilización social a partir de las dinámicas político-estéticas que los atraviesan.

El lector puede leer todos los textos o centrarse en uno. El orden no es necesariamente el propuesto; además, se puede abordar en desorden o de forma fragmentada. Nuestro propósito es abrir espacios de reflexión, sembrar incertidumbres y contribuir a la formación de una concepción crítica del mundo en todos los integrantes de nuestra comunidad.

José Camilo Vásquez Caro

Director del Departamento de Humanidades e Idiomas
Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito

Juan Carlos Lopera

Profesor Asistente del Departamento de Humanidades e Idiomas
Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito

Rusia y 1917

Una mirada cien años después

José Camilo Vásquez Caro

Historiador con opción en Literatura de la Universidad de los Andes. Magíster en Historia de la Universidad de los Andes y estudios en la Maestría en Estudios Culturales de la misma institución. Experiencia en diseño curricular, estrategias para aprendizaje activo y desarrollo de habilidades de pensamiento crítico.

jose.vasquez@escuelaing.edu.co

Introducción

Han pasado cien años desde que los bolcheviques se tomaran el Palacio de Invierno en la ciudad de Petrogrado. Fue un hecho poco disruptivo, con escasa violencia y llevado a cabo por un pequeño grupo de insurgentes. La toma del Palacio fue un acontecimiento profundamente simbólico, pues ese edificio representaba la máxima autoridad de poder de un imperio decadente, y tomarse el edificio era, simbólicamente, tomarse el poder. Si bien la Revolución de Octubre empezó como un hecho discreto, sus ecos serían mundiales y trascenderían todos los rincones del globo. La toma del Palacio de Invierno fue un acto que marcó el fin de un orden, un antes y un después, un mundo que nunca sería lo que fue.

Este acontecimiento histórico es uno de los más controversiales del siglo XX. Muchos historiadores han argumentado que 1917 marcó pronunciadamente el inicio de una nueva etapa de la historia mundial y que de ahí se desprendieron una serie de dinámicas y tensiones que se manifestarían a lo largo del siglo. Este comienzo marcó también, inevitablemente, el fin de una etapa de la historia. La Revolución rusa, de un modo u otro, permeó todo el planeta y cambió el rumbo de la historia de muchos pueblos. Al mirar cien años después, ya con cierta distancia, podemos empezar a entender la complejidad que hay detrás de este hecho histórico. El mundo después de octubre de 1917 nunca volvió a ser el mismo.

El propósito de este breve escrito es presentar una interpretación de la Revolución rusa del año 1917 como acontecimiento histórico complejo. Y al hablar de un acontecimiento histórico complejo, me refiero a un punto estructural en el tiempo y en el espacio en el cual convergieron procesos humanos e históricos de corta, mediana y larga duración. Este concepto se basa en la concepción braudeliana del tiempo. Este escrito está compuesto por cuatro partes: sobre el tiempo, el largo siglo XIX, Rusia antes de 1917 y Rusia en 1917. Hablar o escribir sobre la Revolución del 17 es, hoy en día, un ejercicio académico que nos permite hacer muchas lecturas y sustentar muchas interpretaciones. Recuerdo cómo hasta hace algunas décadas cualquier discusión sobre la Revolución rusa cobraba un tono político y hasta revolucionario. El mundo, en ese entonces, estaba polarizado entre capitalistas y comunistas, rojos y blancos, Cortina de Hierro y democracias libres, buenos y malos, posturas que se definían según el lugar de enunciación de quien estuviera interpretando el mundo en ese instante.

Hoy, en este planeta globalizado, la Revolución del 17 es un referente cultural e histórico. Tal vez no despierte las mismas pasiones como hace unas décadas, pero su significado y su complejidad pueden ser un referente importante que nos permite entender mejor algunos procesos del siglo XX y algunas dinámicas del mundo actual. En tal sentido, estas lecturas más académicas y distantes nos brindan elementos para comprender mejor nuestro presente. La mirada al pasado es útil para ubicarnos, entendernos y ver la imagen más allá de los límites del presente eterno.

Sobre el tiempo

Los seres humanos utilizamos el tiempo para organizar procesos y ubicarnos a nosotros mismos. En este orden de ideas, el tiempo es una construcción social que establece referentes, lo cual va desde el uso del reloj para cumplir una cita o el despertador para marcar el comienzo del día hasta la noción de siglo o milenio que nos permite concebir duraciones de tiempo mucho más extensas. Sin embargo, el inicio o el cierre cronológico de un siglo no implica necesariamente que se estén empezando o cerrando procesos humanos y sociales.

Algunas veces utilizamos fechas y acontecimientos para establecer un orden y explicar un fenómeno. Por ejemplo, algunos historiadores dicen que 1492 sirve como fecha referente para el inicio de la modernidad. Esto no implica que las personas en 1491 fueran premodernas y que de repente, en 1492, ya fueran modernas. La modernidad no se construyó en un año. Lo que sí es válido es que a partir de 1492 se comenzaron a dar ciertos cambios y se iniciaron ciertos procesos que empezaron a romper con algunos rasgos de la mirada medieval europea.

Sin duda, hay un consenso en que 1492 fue un año especial para Occidente. La pregunta es cómo utilizamos este referente para explicar procesos, construir narrativas y comprendernos a nosotros mismos. Al igual que 1492 o 1789, el año 1917 fue crucial para la historia contemporánea y me atrevo a decir que para nuestro panorama actual. Cuando hablamos de tiempos y procesos debemos ser muy cuidadosos. De poco nos sirve una fecha o un acontecimiento si no le damos un contexto o un propósito.

El largo siglo XIX

A continuación expondré algunas generalidades del siglo XIX. Ante todo, busco presentar un panorama que sirva como telón de fondo para comprender la situación de la Rusia zarista a finales del siglo XIX.

Algunos historiadores hablan de un largo siglo XIX, pues ponen como fecha de inicio la Revolución francesa de 1789 y como fecha final el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. Otros hablan de un siglo XIX que nace con el Congreso de Viena de 1815, cuando Europa se reorganiza después de Napoleón. Lo que hay en común en muchas de estas miradas es que el siglo XIX es el siglo de la civilización europea. Durante esta centuria, Europa se consolidó como metrópoli de imperios, como foco de industria y de desarrollo urbano. Las relaciones y las jerarquías de poder se vieron permeadas por esta supremacía de

la civilización europea. El pensamiento progresista y evolucionista de las ciencias naturales, en particular de la biología darwinista, sirvió como base de las nacientes ciencias sociales.

Muchas de nuestras costumbres y ritos cotidianos de hoy en día son producto de un largo siglo XIX. El historiador Jürgen Osterhammel relaciona claramente el siglo XIX con la construcción de nuestro mundo cotidiano, desde lo intangible hasta lo más concreto. En ese siglo se construyó la noción de individuo —al igual que las nociones de lo privado y lo público—, se fortalecieron los procesos de producción industrial capitalista, se desarrollaron modelos de ciudades, se crearon redes tanto de transporte e higiene como de comunicación, entre tantas otras cosas. Nuestra relación con el pasado, el conocimiento y la cultura tienen elementos concretos del siglo XIX. Como bien lo señala Osterhammel, elementos que marcan nuestra noción de arte, nuestra relación con el pasado y la idea de civilización provienen de las mentalidades del siglo XIX. El ejemplo más claro es el museo, la gran creación cultural decimonónica que bajo su techo reúne lo que amerita ser guardado, coleccionado y exhibido. Por otra parte, cabe mencionar los cambios en la educación. El aumento de la cobertura estudiantil tanto escolar como universitaria fue significativo. Las universidades tuvieron un auge en este siglo, así como también se incrementaron el desarrollo científico y tecnológico.

Otro rasgo fundamental del siglo XIX que señala Osterhammel es la movilidad humana. Gracias a los nuevos medios, tanto de comunicación y transporte, varios grupos de personas se pudieron desplazar de unas partes del globo a otras. Un ejemplo muy concreto son las migraciones de europeos a Estados Unidos en la expansión de la frontera, o de poblaciones asiáticas a California. Las nuevas dinámicas económicas del siglo XIX también permitieron que surgieran situaciones de movilidad social real. El desarrollo del capitalismo y los desplazamientos empezaron a romper con estructuras sociales y económicas estáticas, arraigadas a la tradición y a la tierra. El historiador Sven Beckert señala lo importante que fue el siglo XIX para la consolidación del capitalismo industrial y las nuevas redes humanas.

Si bien el siglo XIX trajo consigo unos cambios profundos en formas y estructuras, dejando de lado esquemas muy antiguos, también trajo nuevas coyunturas de conflicto, tensión y confrontación. La supremacía de la civilización europea implicaba unas relaciones entre centro y periferia. De igual manera surgían tensiones entre las potencias europeas por dominio de puntos estratégicos, mercados, recursos y colonias. Beckert ilustra estas tensiones en forma exquisita en su estudio sobre el algodón como elemento articulador de la historia global.

Tal vez uno de los cambios que rompieron el equilibrio entre las fuerzas europeas fue el surgimiento del Imperio alemán a finales del siglo XIX. El reino de Prusia se fue estableciendo como una fuerza continental y esto vino acompañado de un plan de desarrollo industrial. En menos de dos décadas, el Imperio alemán se convirtió en la fuerza económica y militar del continente. Como fuerza imperial, Alemania llegó a buscar su parte del reparto del mundo, y en pocos años ya estaba en Asia y África disputándose el poder con el Imperio británico y Francia. Esta tensión seguiría en aumento, con conflictos y enfrentamientos, allá en la periferia. Pero se mantenía latente y en algún momento llegaría al continente europeo. La tensión estaba en todas partes y la guerra se veía como un mecanismo necesario para restablecer el equilibrio entre las potencias.

En la metrópoli también se presentaban problemas internos. Por una parte, surgía el tema de las etnias y naciones que conformaban los imperios continentales. Europa concentraba una diversidad étnica y cultural muy alta en un espacio bastante limitado. Estas voces buscaban mayor participación y representación ante el Estado o sencillamente buscaban su independencia. Por otra parte, el mismo desarrollo industrial había concentrado grandes poblaciones obreras que vivían en condiciones deplorables. Las ciudades industriales de Europa reproducían la distribución de la riqueza y la tensa situación entre los obreros y los propietarios de los medios de producción. La concentración de las masas permitió que las ideas y el cuestionamiento se propagaran en forma sistemática.

Como lo han señalado tanto Beckert como Osterhammel, el siglo XIX fue el de la consolidación del capitalismo industrial y de las redes globales. Gran parte de este fenómeno se dio gracias a la alianza entre Estado y capital. Fue a través de la política como muchos proyectos de empresa se lograron consolidar. Si bien Europa vivió un proceso de industrialización, siguió dependiendo de materia prima obtenida en las zonas lejanas y periféricas. En la metrópoli, las industrias debían garantizar continuidad en su mano de obra para la producción. En un momento inicial, la política era para amarrar la mano de obra a la fábrica, pero con el paso del tiempo las masas obreras se convirtieron en agentes políticos. Su demanda por mejores condiciones y salarios llevó a que la política y los estados los empezaran a tener en cuenta. El siglo XIX europeo fue un siglo de cambios profundos, y con estos cambios surgieron nuevas tensiones.

Rusia antes de 1917

Rusia fue un caso singular en el siglo XIX. Mientras que Inglaterra, Francia y Alemania vivieron un proceso de industrialización y de consolidación de su presencia económica en diversos rincones del mundo, Rusia continuó siendo un gran productor agrícola relativamente aislado. En la Rusia zarista del siglo XIX seguían existiendo muchos rasgos del sistema feudal, y la sociedad continuaba siendo sumamente jerarquizada y estática, con una distribución de la tierra muy desigual. En Rusia se mantenía la figura de siervos atados a la tierra y a su señor feudal hasta la década de 1860. Como lo ha señalado Hugo Fazio, el final del siglo XIX y el comienzo del siglo XX marcaron una contradicción entre un viejo orden y unos procesos de modernización que vinieron acompañados de ideas revolucionarias.

Rusia funcionaba a un ritmo distinto al del resto de Europa. Desde los años sesenta del siglo XIX se comenzó a abrir a la inversión extranjera y muchos inversionistas vieron la oportunidad de reducir costos de producción trasladando parte de sus industrias al territorio ruso. Rusia era Europa y, a su vez, tenía rasgos y dinámicas de otras latitudes y periferias. El fenómeno ruso condujo, entonces, a un desarrollo del capitalismo industrial muy diferente al del resto de Europa. En el resto del continente se produjo un proceso gradual de siglos, desde la consolidación de un artesanado en centros urbanos hasta la consolidación de un sistema que proveía la materia prima, en combinación con avances tecnológicos que optimizaron la producción. Se puede afirmar que Rusia se abrió a la inversión extranjera e importó tanto maquinaria como mentalidades y creencias.

Para finales del siglo XIX, el sistema absolutista de un zar era visto como obsoleto y retrógrado. Diversos grupos sociales pedían un cambio y una modernización del orden político y en las dinámicas de producción. La familia Romanov había dominado el Imperio durante siglos y no estaba dispuesta a soltar el poder. La oposición al absolutismo reunía a muchos actores, incluso hasta actores antagónicos que compartían únicamente el deseo de cambiar el sistema zarista por otro. Desde la naciente burguesía hasta la nobleza progresista, pasando por obreros y soldados y liberales moderados, buscaban un cambio estructural en lo que para entonces ya era un orden caduco. Tal vez los que menos buscaban un cambio político eran los campesinos. Ellos llevaban siglos viviendo en sus pequeñas comunidades agrícolas, alejados de las ciudades y de las ideas de un mundo cambiante. La paradoja es, sin duda, que los campesinos componían la vasta mayoría de la población del Imperio. El absolutismo estaba en manos de los zares, pero los deseos de un cambio eran el sueño de una minoría de la población rusa.

Desde finales del siglo XIX ya se había empezado a manifestar un descontento con el sistema político y el orden establecido por los zares. Este fenómeno se acentuó en las ciudades, en particular las que tenían un naciente desarrollo industrial. Los cambios económicos y sociales de la segunda mitad del siglo XIX en Rusia llevaron a que surgieran nuevos grupos y nuevos actores en las ciudades. Una clase obrera y urbana estaba consolidada para principios del siglo XX. También los cambios en los medios de comunicación permitieron que las ideas circularan de manera más veloz. Las ciudades rusas de finales del siglo XIX y comienzos del XX habían adquirido ciertos rasgos de otras ciudades europeas. Las tensiones entre clases y los deseos de adquirir poder político se hicieron evidentes. El número de huelgas fue en aumento permanente desde finales del siglo XIX hasta la caída de los Romanov en 1917.

Uno de los hechos que más ilustran estas tensiones, entre viejo y nuevo orden, es el asesinato del zar Alejandro II. Lo sangriento del atentado demostró que lo planeó un grupo subversivo que buscaba borrar al zar y dejar un mensaje muy claro. Debido a este homicidio se cruzó física y simbólicamente una barrera cultural en Rusia, pero lo más extraordinario de todo fue saber de dónde provenían los asesinos.

Otro acontecimiento que bajó de su pedestal a los Romanov fue el desastroso resultado de la guerra ruso-japonesa (1904-1905). Después de este enfrentamiento, el imaginario de la fuerza militar del gran imperio quedó destrozado. El mundo entero fue testigo de las debilidades de Rusia, que carecía de infraestructura y tecnología para llevar a cabo una guerra moderna. La esfera de influencia imperial que se disputaban Rusia y Japón en Corea y Manchuria quedó en manos del Imperio japonés. Aunque vale la pena destacar que la caída de Rusia ante Japón no desvaneció la presencia de las fuerzas europeas y de Estados Unidos en el Lejano Oriente. Muchos conflictos del siglo XX se darían por la continua disputa entre Japón, Estados Unidos y Europa en esta región.

Durante la guerra de 1905 surgieron movimientos sociales que buscaron cambios en la estructura política del imperio. Era una búsqueda desesperada por mejorar las condiciones de vida. El tema de la tierra y la producción agrícola, las diversas naciones y etnias dentro del imperio y las tensiones de clase generadas por el naciente capitalismo industrial ruso condujeron a diversas manifestaciones en contra del sistema autocrático del zar. El descontento se hizo evidente y la baja popularidad de Nicolás II no pudo ser más evidente. La matanza del Domingo Sangriento fue el punto crucial de la revuelta. Robert Service

ha señalado la creación de la Duma como evidencia de esa necesidad de cambio manifestado por las masas. En 1905, el zar tuvo que ceder. Si bien la Duma era un paso hacia el cambio político, en años posteriores el zar tomaría medidas para no soltar las riendas de su poder absoluto.

Las dinámicas del comercio y de las redes del capitalismo mundial presionaron a Rusia a buscar una salida al mar Mediterráneo. Las guerras de los Balcanes de las primeras décadas del siglo XX les abrieron los ojos a los zares para tener una posible salida al mar. El discurso del paneslavismo llamaba al surgimiento de una nueva fuerza en Europa, la unión de unas etnias que compartían raíces lingüísticas y culturales. Al frente de esta unión estaba la Rusia zarista, respaldando a pequeños estados como Serbia, que a su vez cuestionaban el poder y la influencia del Imperio austrohúngaro en los Balcanes. Por otro lado, la decadencia del Imperio otomano generaba un vacío de poder que buscaban llenar otras potencias, como el Imperio austrohúngaro o el Imperio británico. Los anhelos de expansión y la coyuntura de los Balcanes llevarían a Rusia a participar en un concurso bélico para el que no estaba preparada.

Las causas profundas, a mediano plazo e inmediatas de la Primera Guerra Mundial han sido materia de investigaciones extensas y libros extraordinarios. Muchas veces se han explicado con la metáfora de que Europa era un barril de pólvora y que el asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo, en 1914, fue la chispa que detonó la explosión. En este breve texto no pretendo explicar dicho tema, aunque me parece relevante destacar la interpretación del historiador marxista Eric Hobsbawm, quien hace énfasis en que, para una generación, el mundo era uno antes de 1914 y otro después de 1914. Según Hobsbawm, la guerra fue un acontecimiento que sacudió todos los cimientos del edificio de la civilización europea del siglo XIX.

La participación del Imperio ruso en esta guerra fue desastrosa. Esta participación muy seguramente aceleró procesos internos de cambio que ya se venían manifestando desde décadas atrás. En resumidas cuentas, el frente ruso no avanzó; al contrario, con cada día de guerra el frente ruso retrocedía. La pérdida se sintió en el territorio y en las vidas destrozadas. Para la sociedad rusa, los costos monetarios, materiales y humanos de la Primera Guerra Mundial fueron exorbitantes.

Cien años después resulta fácil conectar algunos puntos y crear una imagen de lo que estaba sucediendo y saber hacia donde irían las cosas. Otra cosa muy diferente es estar en la situación de incertidumbre y de tomar decisiones y actuar. Ésta le ocurrió a Nicolás II de Rusia, quien como zar asumió el mando militar y se fue al frente de guerra. Nicolás personificó el fracaso de la guerra y se convirtió en el culpable del malestar que se vivía. Antes, el zar había sobrevivido a los levantamientos, pero en 1917 un levantamiento en la ciudad, después de tres largos años de guerra y desgaste, sacudiría un sistema político instaurado y mantenido a la fuerza durante tres siglos. Ese febrero de 1917, por primera vez en su historia, los cosacos desobedecieron las órdenes de su zar y se sumaron a la protesta.

1917

En febrero (calendario juliano) de 1917 abdicó el zar Nicolás II, dejando un imperio en crisis y en guerra, con un ejército debilitado física y moralmente, una población civil desmotivada y hambrienta, y un orden político absolutamente desacreditado. La abdicación de Nicolás dejó un vacío de poder enorme.

Sumado a este vacío estaba también la siguiente pregunta: ¿Y ahora qué sigue? En un principio se pensó que el hermano del zar, el gran archiduque Miguel, asumiría la corona, pero éste no la aceptó. La respuesta fue la creación de un gobierno provisional que velaría por todos los sectores y llevaría a la modernización del Estado ruso.

La coyuntura de febrero fue muy compleja y requiere comprender cómo convergieron los intereses de los actores implicados. Si bien todos buscaban un cambio, también estaban por primera vez manifestándose diversas voces y nuevas fuerzas que podrían ser hasta antagónicas. El enemigo en común ya no estaba en el poder, pero quedaba la cuestión de cómo proceder y hasta dónde, así como cuál sería la respuesta del gobierno provisional, inicialmente liderado por el príncipe Lvov y luego por Alexander Kerensky.

Rusia podría haber seguido un camino hacia un Estado liberal burgués y un desarrollo económico capitalista. Igualmente, dadas las condiciones de la guerra y los movimientos sociales, también podría seguir un camino hacia un Estado más radical y de izquierda. La gran pregunta giraba más en torno a dónde se quería llevar el cambio. Los caminos se podían combinar y existían matices. Los liberales, representados por el partido de los cadetes, eran una minoría, mientras que los socialrevolucionarios eran una fuerza política mayor. Sin embargo, en 1917 la mayoría de las fuerzas políticas buscaban un cambio gradual, más acorde con un paso hacia un Estado más liberal. Esta aparente contradicción tenía un buen sustento teórico. Las interpretaciones de la teoría de Karl Marx habían llevado a los actores políticos de izquierda a pensar que Rusia aún no reunía las condiciones para una revolución marxista.

Fue un hombre el que vio que el momento de la revolución era ya, que la coyuntura estaba lista y que las fichas estaban alineadas momentáneamente. Vladimir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin, regresó de su exilio a Petrogrado y llegó con la misión de promover la revolución. Incluso sus copartidarios bolcheviques habían apoyado inicialmente el cambio gradual promovido por el gobierno provisional. Sin embargo, Lenin no dio el brazo a torcer y llamó al poder para los sóviets, los obreros y los campesinos. La postura radical de Lenin no tenía futuro en la constituyente que se iba a celebrar a finales de 1917, en la que su partido era minoritario pero sí tenía eco y futuro en las calles de Petrogrado.

Kerensky también leyó el peligro que representaban las ideas de Lenin, expuestas en sus famosas *Tesis de abril*. El gobierno provisional tenía varios frentes y se encontraba bajo constante amenaza. Por un lado, estaban los alemanes en el frente, cada día más cerca de tomarse la capital. Internamente, estaba el descontento social por la guerra y la carencia de comida. Por otro lado, estaban los antagonistas políticos, tanto de derecha como de izquierda. El gobierno provisional persiguió a Lenin y a los bolcheviques, obligando a Lenin de nuevo al exilio y arrestando a otros líderes, entre ellos al carismático y elocuente Leon Troski. Con todo, la amenaza militar del general Kornilov de marchar sobre Petrogrado y tomarse el poder obligó a Kerensky a tener que escoger entre dos males. Kerensky no tuvo otra opción que liberar a los bolcheviques y empoderar más a los sóviets y a los seguidores de Lenin.

La revolución de octubre se produjo en parte por la voluntad de un líder que sabía que no volvería a tener la oportunidad para orquestar un cambio profundo y radical y en parte por una serie de elementos que parecían coyunturales pero que eran de una profundidad histórica descomunal. El descontento en Rusia era

un tema antiguo y profundo que se había vuelto más complejo desde que empezaron a crecer las ciudades y las industrias. Por otra parte, la guerra aceleró y acentuó este descontento general.

Posiblemente, se seguirá discutiendo si Rusia estaba lista para una revolución de tal magnitud, y creo que uno puede argumentar de forma válida las dos respuestas. Sin embargo, de lo que estoy seguro es que en octubre de 1917 se dieron las condiciones para que un pequeño grupo de seres humanos se lanzara a buscar un cambio profundo.

Empecé este texto narrando que la revolución de octubre había sido un acontecimiento discreto y simbólico. No obstante, creo que al finalizar este texto el lector ya se habrá dado cuenta de la magnitud del acontecimiento. Después de octubre Rusia de 1917 el mundo nunca sería el de antes. Internamente, Rusia se vio sumergida en una guerra civil descomunal de la cual saldrían victoriosos los rojos. Por fuera de Rusia, el cambio también se sintió. La idea de que la implementación de otro sistema político y económico diferente al capitalista industrial era posible empezó a rodar por las calles del mundo. Esta idea y las innumerables debates, disputas y conflictos en torno a ella marcaría gran parte del desarrollo del siglo XX.

Referencias

Beckert, S. (2015). *El imperio del algodón: una historia global*. Barcelona: Crítica.

Braudel, F. (1979). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.

Fazio, H. (2005). *Rusia en el largo siglo XX: entre la modernización y la globalización*. Bogotá: Uniandes-Ceso.

Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Osterhammel, J. (2014). *The transformation of the world: A global history of the nineteenth century*. Princeton: Princeton University Press.

Procacci, G. (2001). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Service, R. (2016). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Wolfson, R. & Laver, J. (1999). *Years of change; Europe 1890-1945*. Londres: Hodder and Stoughton.



Cien años de la Revolución Rusa de 1917:

políticas estéticas y resistencia popular

Enrique Delgado Escrucería

Licenciado en Filosofía y especialista en Estudios Culturales de la Universidad Javeriana. Estudiante de la Maestría en Estética e Historia del Arte de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Investigador en filosofía francesa del siglo XX y en problemas de la estética y la imagen. Ha trabajado en proyectos editoriales y académicos como profesor y ha escrito reseñas sobre pintura, fotografía y literatura. Es conferencista y expositor alrededor de los temas de la filosofía, la historia, el cine y los variados modos de producción artística.

enrique.delgado@escuelaing.edu.co

No será en las instituciones políticas donde se manifestará la ruina universal o el progreso universal, pues poco me importa el nombre. Será en el envilecimiento de los corazones.

Charles Baudelaire

En los proyectos de emancipación derrotados en el pasado hay un excedente utópico que puede nutrir nuestras luchas actuales.

Ernst Bloch

La apropiación de la historicidad no puede tener aún una forma estatal, sino que debe dejar libre el terreno a una vida humana y a una política no estatales y no jurídicas que siguen estando completamente por pensar.

Giorgio Agamben

Resumen

El presente texto utiliza como pretexto los cien años de la gran Revolución Rusa (febrero/octubre de 1917) para pensar algunas movilizaciones de las primeras décadas del siglo XXI desde el concepto de políticas estéticas de Jacques Rancière, y revelar complejas deformaciones macrotectónicas en el suelo de lo sensible. Se entienden estos levantamientos populares como herederos de 1917, no como un todo cerrado objetivable sino bajo la sombra del pensamiento de Michel Foucault, como dispositivos, composiciones multilineales, conjuntos de heterogéneos que pueden aglutinarse con la imagen de procesos de formación de contrapoderes populares. Movilizaciones como ejemplo y símbolo de resistencia, examinadas en su espontaneidad, independientemente de los programas, de los partidos, en su carácter eminentemente emocional, antisistema, que se desarrollan en pequeños grupos como aparatos no institucionales de presión civil. Se intenta identificar en algunos movimientos actuales, bajo el signo de 1917, líneas político-estéticas:

acercarse a la idea de revolución como una constante revitalización de revueltas y rebeliones en resistencia frente a los poderes instituidos; como un momento de erupción social y de acción popular en el que la opresión se hace intolerable y se producen campos de repolitización pública, prácticas de disenso, modos de agrupación y creación de redes de diversa índole, formas de resubjetivación y de resignificación en las que, en palabras de Rancière, por instantes se modifican los marcos sensibles y se hacen posibles procesos de enunciación colectiva por medio de la acción ciudadana, procesos que tienen el potencial de redefinir el orden de lo real. La revolución no como la toma del poder político por parte de un partido que tiene como resultado para los oprimidos la libertad y la propiedad en cuanto tales sino, como dice Hannah Arendt, el proceso mediante el cual los olvidados, silenciados, excluidos y explotados se levantan al unísono y cuyo resultado es la concepción de la libertad y la propiedad como derechos inalienables, derechos por los que hay que luchar continuamente.

I. Problema

Sólo sobre un espacio de claroscuros puede verse la Revolución Rusa de 1917, acontecimiento que marca un punto referencial clave en la historia política del siglo XX, siglo del que Lenin había predicho que sería de guerras y revoluciones. Este texto pretende hacer alusión al elemento emocional de las luchas y los levantamientos populares que hacen posible la Revolución Rusa, la apertura de un espacio político-estético en el que los individuos y las colectividades se redefinen y actúan en conjunto, al margen o en oposición al Estado y a sus instituciones. Es muy difícil separar este evento histórico que, como sabemos, tiene consecuencias catastróficas para poblaciones enteras (como la instauración de un sistema opresivo burocrático dictatorial, en el que Lenin podría prefigurar a Hitler, a Mussolini y, por supuesto, a Stalin), de la religión del comunismo internacional con su inquisición, sus dogmas y sus doctrinas, sin qué decir del efecto de la propaganda anticomunista y antisubversiva que lleva ya un siglo de efectividad. Sin embargo, sin caer en la ilusión y la propaganda procomunista que afirma que la revolución fue el momento en el que por fin los oprimidos rompieron las cadenas y se liberaron tomando las riendas del destino de sus vidas, vemos en los levantamientos populares de 1917 en Rusia un hito en la idea de insurrección, plasmado en el artículo 35 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1793, que reza:

Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada una de sus porciones, el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes.

El proceso de la modernidad europea que planteó sus ideales políticos en los levantamientos populares que dieron paso al derrocamiento de la monarquía francesa y al triunfo de la burguesía a finales del siglo XVIII se reactualizaba en los sucesos de 1917 que en Rusia dieron fin a la monarquía zarista, por un lado, y por otro, llevaron a la instauración del sistema soviético. El escenario político mundial se dividió en dos, los capitalistas y los comunistas. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, luego de que los aliados, con ayuda de la Unión Soviética, vencieran al nazismo, la geopolítica se debatió en lo que

algunos llaman la Tercera Guerra Mundial, o Guerra Fría, época en la que los dos polos vencedores, con sus países representantes –Estados Unidos y la Unión Soviética– luchaban por el control mundial¹. Tanto el capitalismo como el comunismo o el socialismo se instauraron en contra del antiguo régimen, gracias a levantamientos populares. El final del siglo XX trajo consigo la caída de la Unión Soviética, con el muro de Berlín como uno de sus gestos más poderosos, el triunfo del modelo capitalista y el fracaso del comunismo en el combate por la hegemonía global. Para algunos historiadores como Hobsbawm, el siglo XX comienza en 1917 y termina en 1989, siendo la Revolución Rusa uno de los marcadores más relevantes para pensar el desarrollo geopolítico del siglo en su conjunto.

Parece que son dos las formas popularmente predominantes de leer la Revolución Rusa: o como un cambio de régimen por medio de un golpe de Estado de los bolcheviques que toman el poder e instauran un orden del terror; o como un referente central en la idea de movimiento revolucionario² como una revolución contra el capitalismo en la que los líderes guían a las masas hacia la autoconciencia y la libertad. Estas dos lecturas son esencialmente opuestas: una recalca el resultado de la caída del zarismo con una dictadura igual o peor de cruel y opresiva, mientras que la otra rescata el comunismo como la dictadura del pueblo, como única alternativa a la corrupción y la injusticia del sistema capitalista. La primera lectura, inclinada a la derecha, se encarga de demonizar la revolución utilizando todos sus fallos y fracasos, la expansión del miedo al rojo, el discurso que afirma que cualquier idea que beneficie al pueblo conlleva la imposición de una dictadura totalitaria; en general, esta lectura se apoya en todas las consecuencias indeseables (terror, gulags, dictaduras, imposibilidad de libertad económica e igualdad de derechos)³. La segunda lectura, más hacia la izquierda, idealiza, alaba y celebra los aspectos en los que el comunismo pretende superar al capitalismo como el fin de la desigualdad, el triunfo de los débiles (mayoría) sobre los fuertes (minoría), participación del pueblo en la conducción de su destino, voz y reconocimiento para los que han sido segregados del sistema social, entre otros⁴.

Tratando de tomar un poco de distancia de estos polos opuestos tradicionales, que se centran en el ruido que produce la revolución, en el gran acontecimiento como cambio de poder, se pretende, por el contrario, entender la revolución como un evento que tiene el valor de signo. Michel Foucault, en su texto sobre Kant, alrededor del concepto de ilustración y refiriéndose a la Revolución Francesa de 1789, afirma:

1 Guerra sostenida indefinidamente, terrible en su frialdad y crueldad, que se llevó a cabo en diversas geografías, como Corea, Vietnam, Indonesia; y **qué no decir sobre el conjunto de América Latina, con intervenciones como el Plan Cóndor**, que fue el modo como a través de dictaduras apoyadas por Estados Unidos se combatió la expansión del comunismo por décadas, utilizando las prácticas del nazismo. Hoy se reactualizan estas polarizaciones en discursos de derechas (neoliberalismo, globalización, defensa de lo privado) e izquierdas (estado de bienestar, defensa de lo público), y cada vez que los de abajo quieren ascender en la estructura social de las sociedades contemporáneas globalizadas. De la Guerra Fría todavía no se ha visto su fin en el horizonte geopolítico, y en este sentido las causas que llevaron a la Revolución Rusa de 1917 tienen una actualidad apremiante.

2 “La revolución de octubre originó el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Su expansión mundial no tiene parangón desde las conquistas del islam en su primer siglo de existencia” (Hobsbawm, 1998).

3 En Rusia hay expresiones en el cine, por ejemplo donde se hace una revisión de las prácticas de terror del aparato burocrático soviético, o películas en las que se alaba y recuerda a héroes del ejército blanco que lucharon contra los rojos, como *Chekist* (1992), de Aleksandr Rogozhkin, *Quemado por el sol* (1994) de Nikita Mikhalkov, o *Admiral* (2008), de Andrey Kravchuk. En 2017 el Estado, presidido por Putin, no se pronunció con mayores expresiones en torno a los 100 años de la revolución.

4 El imaginario que ilustra esta visión tendría que estar en la película *Octubre* (1928), de Sergei Eisenstein, que idealiza la toma del Palacio de Invierno como una gesta colectiva heroica donde los pueblos encuentran su liberación.

Lo que es significativo, es la manera como la revolución da espectáculo, es la manera como es acogida en sus alrededores por espectadores que no participan pero que la miran, que la presencian y que, para bien o para mal, se dejan arrastrar por ella. No es el derrocamiento revolucionario el que constituye la prueba del progreso; sin duda, primero, porque no hace más que invertir las cosas y segundo, porque si se tuviera que volver a hacer esta revolución, no se la reharía... Lo que es importante en la revolución no es la revolución misma: es lo que pasa en la cabeza de aquellos que no la hacen, o en todo caso, que no son los actores principales... La revolución como espectáculo —y no gesticulación—, como foco de entusiasmo para aquellos que asisten y no como principio de derrocamiento para aquellos que participan en ella... (Foucault, 1984, p. 4).

¿Cuál es el espectáculo que se hace signo? Pensamos que se encuentra en ese carácter estético que contiene la revolución que se irradia como un virus, en el vínculo emocional que produce la ilusión de un proyecto de emancipación, en la santa cólera de los oprimidos que en un momento de ebullición desborda hacia la insurrección, espacio fugaz, temporal, momentáneo, de agitación en el que se abre un campo de indeterminación donde pueden ser posibles formas políticas independientes del poder de la monarquía o el Estado, de sus instituciones y sus significaciones. En estos momentos de revuelta se visibilizan nuevos significados en las luchas por el sentido de la existencia, se forman contrapoderes ciudadanos en los que la gente en acción colectiva cuestiona los poderes dominantes y revalúa los valores, la vida, la sociedad, las relaciones de poder, las jerarquías y las estructuras. Los motivos por los que entraron en combate los trabajadores, las mujeres, los soldados y los campesinos de la Rusia zarista de comienzos del siglo XX no son muy diferentes de los móviles que tienen hoy las luchas populares alrededor del globo. Pobreza, guerras, esclavitud, desigualdad, hambre, injusticia, corrupción, discriminación, invisibilidad, falta de derechos y oportunidades, abusos del poder, violencia contra la oposición, constantes que definen las sociedades modernas (hoy democracias de la información y la comunicación en un sistema capitalista unitario global), son fuentes que han conducido a acciones populares que se renuevan históricamente.

En la revolución salen a la luz lo que se puede llamar políticas estéticas, concepto tomado del autor francés Jacques Rancière, entendido como campos de relaciones de fuerzas donde no se da precisamente la lucha por la toma del poder, del Estado, por la hegemonía gubernamental, sino donde las pequeñas luchas por el reconocimiento, los derechos, la vida digna, todo ello en términos de microfísica del poder (Foucault) en las relaciones con el vecino o el compañero de trabajo, en la fábrica, el campo o la oficina; y de micropolítica del deseo (Deleuze/Guattari), en las relaciones consigo mismo, al nivel de la conciencia, donde se incuban los microfascismos. Una reconversión de las formas políticas tradicionales solidificadas en el Estado hacia las singularidades (así sean colectivas), una práctica del detalle, de las pequeñas transformaciones, de las rupturas y transgresiones que se producen al nivel de las formaciones subjetivas, donde las minorías mayoritarias estallan y rediseñan sus nociones y formas de entender el mundo⁵. Aunque se pueden producir estos espacios al margen de la política a secas, espacios de reconfiguración cultural, la lucha política por excelencia continúa siendo un problema de poder, de Estado, de técnicas de gobierno, de control de la información y de hegemonía. Se pretende hacer referencia a la política de los márgenes,

5 ««Libertad» es lo que más os gusta aullar: pero yo he dejado de creer en «grandes acontecimientos» tan pronto como se presentan rodeados de muchos aullidos y mucho humo. ¡Y créeme, amigo ruido infernal! Los acontecimientos más grandes no son nuestras horas más estruendosas, sino las más silenciosas. No en torno a los inventores de un ruido nuevo: en torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo; de modo inaudible gira (Nietzsche, 2003, p. 199).

como conflicto, solidaridad en la desdicha, comunión en el ejercicio de la libertad, no como consenso, no como meta última, sino como antagonismo permanente dentro de un campo cultural, la esperanza del que ya no tiene nada que perder, la resistencia constantemente renovada frente a la injusticia intrínseca de los sistemas sociales, la organización de los grupúsculos sociales en términos de tomar sus propias decisiones, la oposición frente a la opresión, frente a la servidumbre y la esclavitud; la revolución como signo que contiene la incapacidad de las masas por seguir tolerando lo intolerable.

El periodista norteamericano John Reed, testigo de los eventos ocurridos en 1917, describe el ambiente de la Rusia revolucionaria:

La gran Rusia daba a luz, con dolor, un mundo nuevo. Las criadas, a quienes antes se trataba como a bestias y apenas se les pagaba, estaban emancipándose. Como entonces un par de zapatos costaba cien rublos y los sueldos eran alrededor de treinta y cinco mensuales, se negaban a llevar zapatos cuando tenían que ir a la cola. En esta nueva Rusia, todos los hombres y todas las mujeres tenían voto; la clase obrera poseía sus diarios, en los cuales se publicaban cosas desusadas y sorprendentes; y además existían los soviets y los sindicatos. Los mismos *izvoztchiks* (cocheros) tenían su sindicato y estaban representados en el Soviet de Petrogrado. Los camareros de los hoteles y restaurantes estaban también organizados y se negaban a recibir propinas. En las paredes de los restaurantes había inscripciones como ésta: «No se admiten propinas». Como esta otra: «Porque un hombre esté obligado a ganarse la vida sirviendo a otros en la mesa, no es necesario insultarlo ofreciéndole una propina» (Reed, 2008, p. 28).

El tejido social y cultural se transformaba vertiginosamente, el aire que se respiraba ya no era el mismo, los campos de sentido y de sensación, así como las jerarquías tradicionales, tomaban nuevos rumbos. Todas estas transformaciones se dan en un nivel micro, en las relaciones cotidianas y en las conciencias; así no se vean reflejadas siempre en las estructuras sólidas del Estado, se producen al nivel de los afectos. El crítico cultural Slavoj Žižek, en muchas de sus intervenciones públicas afirma, hablando de los levantamientos del siglo XXI, que no le interesan las revueltas, sino lo que ocurre el día posterior a la revolución⁶, lo que pasa con el poder y las mejoras en la vida de los pueblos. Por el contrario, el objetivo de este texto no responde al día después, sino al cansancio que lleva a la explosión, la emergencia de las protestas que hacen que la gente se tome el espacio urbano, se aglutine, combata contra los intentos de las instituciones de acallarlos, construya redes sociales, se manifieste simbólicamente, y vaya creando posibilidades de reinventarse como sujetos políticos por medio de la emoción, la indignación y la inconformidad frente al sistema político, económico o cultural. La acción política no como un programa de gobierno, sino como una intervención espontánea de miles de ciudadanos que se encuentran en las calles (hoy en el ciberespacio), que hallan una voz que puede ser escuchada (por el poder y sus pares) y que comparten desilusiones y esperanzas en el cambio social y cultural. Más allá de los polos de militancias por partidos, se tiene claro que no es lo mismo teorizar sobre la revolución que vivirla; que no es lo mismo vivirla desde la protección de un balcón de una casa que no ha sido sitiada, a vivirla en la calle, con las multitudes; que no es igual la revolución vista desde las barricadas, con el pánico y la fuerza entremezcladas, luchando contra los ejércitos, a la revolución vista

6 *Dear leftists, what happens the day after the revolution?* Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=U7JgfB8PaAk>. Las instituciones o la institucionalización (el día después, cuando la polvareda ha desaparecido) ha demostrado en cada caso la inhabilidad para responder a las exigencias que las movilizaciones hacen visibles.

desde las noticias, los reportes y las historias; que no es lo mismo la revolución que se da en un parlamento a la que se da en las fábricas, en los barrios, en los campos y las comunidades; que no es lo mismo la revolución experimentada desde el que se encuentra en una posición de poder cómoda dentro de la estructura existente y que se lamenta y siente el terror de presenciar la desintegración de esa estructura⁷, a la revolución vista desde abajo, desde aquel que ve en ella la esperanza de una transformación de la estructura que lo mantiene en condición de esclavitud.

No se juzga aquí, entonces, la Revolución Rusa a partir de sus resultados inmediatos (recodificación del poder, instauración del comunismo)⁸ ni a partir del ideal absoluto de sus metas (igualdad, seguridad, sanidad, vivienda, educación, empleo y cultura, mejora de la vida de la gente, fin de la corrupción, justicia en la repartición de la riqueza, instituciones políticas en realidad democráticas), ni como glorificación de héroes como Lenin y su genio político, o denigración de demonios como Stalin y sus purgas⁹, sino a partir de unas dimensiones de creatividad que recorren líneas de agenciamientos colectivos anónimos que hacen temblar las prácticas políticas tradicionales. Las políticas estéticas, aunque pueden articularse independientemente del poder de Estado y la lucha por el poder, al final siempre se enfrentan al poder (levantamientos populares, formas de agrupación en red, formas de subjetivación y conformación de identidades colectivas, toma de las plazas públicas, intervenciones simbólicas, textos, manifiestos, consignas, etc.), surgen como oposición y resistencia a ciertos poderes. La Revolución Rusa de 1917 comenzó con una huelga y una manifestación de mujeres el 23 de febrero (8 de marzo en el calendario gregoriano), Día Internacional de la Mujer, al que se unieron con los días cientos de miles de obreros y trabajadores que produjeron una presión tal que llevaron en pocos días a la abdicación del zar Nicolás II, y la caída del poder monárquico más longevo de Europa. La revolución de febrero, que dio paso al gobierno provisional y que ha sido denominada revolución burguesa, con Kerenski a la cabeza (que cometió el error de querer prolongar la intervención rusa en la gran guerra), se produce gracias al levantamiento popular, a la tensión producida desde abajo, a la resistencia de mujeres y hombres anónimos que hacen visible su capacidad para remover el suelo en el que se desplazaban. Que los resultados de los levantamientos populares del siglo XIX y del XX no hayan sido ideales para el pueblo (capitalismo o comunismo), no quita el poder de transformación que pueden alcanzar las masas unidas en la continua lucha por los derechos y mejores condiciones sociales de vida.

La Revolución Rusa fue y será un ejemplo de voluntad popular, un signo del momento plebeyo, del ejemplo de la capacidad de autoorganización de sectores populares, de la acción colectiva de los sectores subalternos que, hartos de la ignominia, con un entusiasmo por lo imposible, se sublevaron contra el poder establecido, instituido e instaurado histórica y artificialmente. El momento rebelde que abre por breves instantes nuevas vías de sentido en el campo de batalla político y cultural, momento que mina las bases de las tiranías y levanta el entusiasmo de los pasivos. La Revolución Rusa entra en el linaje de los levantamientos populares que, desde Espartaco hasta los movimientos sociales del siglo XXI, han hecho evidente la facul-

7 En una caricatura inglesa del siglo XIX, el autor *George Cruikshank* ridiculizando la revolución francesa escribe: *sin dios, sin religión, sin rey, sin constitución*, aludiendo a la pérdida de valores, al desorden y caos que conllevan las revoluciones y los levantamientos populares.

8 *El militante comunista antes de su victoria merece el mayor respeto. Después no es más que un burgués atareado.* (Gómez, Dávila, 2005)

9 Hannah Arendt refiriéndose a Rosa Luxemburgo afirma que ella aprendió *en las asambleas de trabajadores revolucionarios (posteriores soviets) ... que las revoluciones no están hechas por nadie en especial sino que surgen en forma espontánea y que la urgencia de la acción siempre proviene desde abajo.* (Arendt, 2008, p. 62)

tad de los pueblos de rebelarse contra el poder, de resistir, de cometer el acto de desobediencia que puede ponerlos en pie de guerra por su propia soberanía y libertad, aun sabiendo que la lucha nunca se gana del todo. Los que afirman que la insurrección es inútil sin la conducción de un partido, deberían detenerse en los resultados de las burocratizaciones o institucionalizaciones de las revoluciones, lo que se quiere recalcar es precisamente ese instante anterior al direccionamiento del gobierno, cuando los anónimos se conjugan en procesos realmente democráticos de participación activa, de muy corta duración, pero con posibilidades de grandes transformaciones, así en muchos casos sólo estén al nivel de las conciencias.

II. POLÍTICAS ESTÉTICAS

El concepto políticas estéticas trata de tomar distancia del ejercicio del poder y la lucha por alcanzarlo. Lo político como un espacio donde puede reconfigurarse material y simbólicamente el territorio de lo común. A esto es a lo que Rancière denomina la división de lo sensible como el tejido de la experiencia ordinaria, donde se hacen posibles ciertos objetos, enunciados y subjetividades. El reparto de lo sensible definiría lo político, como aquél donde se configura lo común y donde en la posibilidad misma de la modificación de sus coordenadas se encuentra una fuerte implicación estética. Los marcos en los que sentimos, pensamos, vemos, decimos y hacemos pueden verse alterados, intervenidos, pervertidos, reinventados, al margen del Estado y los poderes institucionales, por medio de unas líneas sensibles que recorren las insurrecciones populares. En las movilizaciones sociales que dan paso a la Revolución Rusa se puede ver un ejemplo de política en clave de Rancière.

La política, en efecto, no es el ejercicio del poder y la lucha por el poder. Es la configuración de un espacio específico, el recorte de una esfera particular de experiencia, de objetos planteados como comunes y como dependientes de una decisión común, de sujetos reconocidos como capaces de designar estos objetos y de argumentar sobre ellos... Sujetos que tienen la capacidad de una palabra común (Rancière, 2012, p. 33).

La batalla política en términos estéticos recorre ámbitos de lo sensible (dinámica de los afectos), como la lucha por el sentido y los significantes comunes (palabras, imágenes) que se encuentran en permanente disputa¹⁰. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, lo entendieron bien. El papel que jugaron las publicaciones de oposición como *La Chispa y Pravda*, antes de tomarse el poder en octubre, no es de poca importancia. Los lemas de paz, pan y tierra se convertirán en formas de enunciación colectiva, gritos populares que unieron los intereses y las voluntades. Las nociones que sostenían el antiguo régimen ya no serán válidas, las conciencias de los individuos se transformarán y la ligazón que unía al zar con sus súbditos se romperá drásticamente. Para Rancière, hay pliegues y repliegues del tejido sensible común, en el que se unen y desunen la política de la estética y la estética de la política como reconfiguraciones del campo sensible de las percepciones sociales. Regímenes de percepción y significación que se ven modificados por prácticas de disenso que transforman las coordenadas de lo representable, la percepción de los acontecimientos, las

10 Ernesto Laclau ha investigado las tensiones entre los significantes que en el ámbito político producen identidades colectivas. Laclau (2005), *La razón populista*, Buenos Aires: FCE.

relaciones entre los sujetos, en general, prácticas que buscan una nueva distribución de lo sensible. El poder de los Romanov no era al fin de cuentas de duración absoluta, aunque las relaciones de poder sí parecían serlo. Política como relaciones de poder donde siempre hay resistencia.

El pensamiento de Michel Foucault es significativo en esta aproximación. Es un autor que ha sido muy criticado ya que se afirma que en sus análisis no deja escapatoria a los ejercicios del poder; sin embargo, él deja claro que toda forma de poder contiene formas de resistencia, siendo ésta el punto determinante en la constante lucha de las fuerzas en las relaciones de poder, la libertad o emancipación, no como un estado hegeliano al que se llega después de la contradicción, sino como el acto mismo de resistir —así sea pequeño, fugaz, momentáneo— como el combate contra un poder¹¹. La política que se juega en los medios masivos de comunicación, en la calle, en las plazas públicas y en las relaciones y objetos que allí se producen; política que recorre agrupaciones cada vez más plurales, redes sociales que tienen alcance global; campo de batalla ideológico donde se disputa la transformación de las identidades, de los significados, de las formas de enunciación colectiva. Espacio donde se hace posible la transformación social, ya sea en las aceras, o en las fábricas, ya sea en internet, como sucede hoy, en palabras de Rancière (2010, p. 67):

Tejido disensual en el que se recortan las formas de construcción de objetos y las posibilidades de enunciación subjetiva propias de la acción de los colectivos políticos.

Políticas estéticas como relaciones entre dos maneras de diseñar ficciones, dice Rancière, que tienen la potencia de dar lugar a un paisaje nuevo de lo visible, lo enunciable y lo factible, entendidos como marcos que dan forma al mundo sensible. Se entiende así la insurrección rusa de 1917 como un acontecimiento en el campo de lo posible. Tanto en febrero, como en octubre, y como había sucedido en 1905, en el domingo sangriento, los hechos son irreductibles a los determinismos sociales y a las series causales. Como afirma Gilles Deleuze al referirse a los eventos de Mayo del 68 en Francia, fueron como las luchas en 1917, un dispositivo para una existencia nueva, para una nueva subjetividad colectiva, como si una sociedad viese de repente lo que tenía de intolerable y al mismo tiempo la posibilidad de algo distinto.

“Se encuentra en ruptura o en desnivel con respecto a las causalidades: es una bifurcación, una desviación de las leyes, un estado inestable que abre un nuevo campo de posibilidades. . . Es apertura de lo posible. Acontece en el interior de los individuos tanto como en el espesor de una sociedad” (Deleuze, 1984, p. 75).

Cuando a Deleuze le preguntaron por el fracaso de Mayo del 68, su reacción fue decir “No, la revolución no fracasó, duró lo que tenía que durar, un instante eterno”. La fugacidad de su aparición no es una prueba de su fracaso, es precisamente la prueba de que, como acotaba Sartre, la revolución existe cuando otra cosa es posible¹².

11 “En realidad, las relaciones de poder son relaciones de fuerza, enfrentamientos, por lo tanto, siempre reversibles. No hay relaciones de poder que triunfen por completo y cuya dominación sea imposible de eludir. Muchas veces se dijo —los críticos me hicieron este reproche— que yo, al poner el poder por doquier, excluyo cualquier posibilidad de resistencia. ¡No, es todo lo contrario! Me refiero a que las relaciones de poder suscitan necesariamente, exigen a cada instante, abren la posibilidad de una resistencia, y porque hay posibilidad de resistencia y resistencia real, el poder de quien domina trata de mantenerse con mucha más fuerza, con mucha más astucia cuanto más grande es esa resistencia. De modo que lo que trato de poner de manifiesto es la lucha perpetua y multiforme, más que la dominación lúgubre y estable de un aparato uniformador” (Foucault, 2012, p. 77).

12 Mayo del 68 marcó un punto de inflexión en las estructuras de poder en Europa y Estados Unidos y abrió nuevas formas de ser, de sentir, de pensar, de decir y de relacionarse con los otros. En el nivel político, De Gaulle volvió al poder y las estructuras se recodificaron con algunas reivindicaciones para los estudiantes, los obreros, las mujeres, entre otros. A pesar de esto, en el nivel de las políticas estéticas, el mundo ya no era el mismo después de mayo. Hubo una ruptura en el tejido de lo sensible (Rancière) con la aparición de prácticas de disenso que modificaron las jerarquías, las formas de enunciación,

III. LAS MOVILIZACIONES CIUDADANAS DEL SIGLO XXI

El siglo XXI ha sido testigo de la aparición de movilizaciones sociales que han desafiado a los poderes institucionales alrededor del globo. Las coordinadas políticas que definían las relaciones de poder en la batalla por el sentido se resquebrajan ante nuestros ojos. Cuando las instituciones políticas no pueden resolver las demandas de la gente, cuando ya no responden a las necesidades generales, se conforma una voluntad colectiva que aglutina el descontento y desborda los cauces del Estado y del mercado. Esta voluntad de cambio se manifiesta en el clima de protestas y en formas de agrupación en las que la sociedad civil actúa al margen del Estado, contra los poderes políticos y económicos, reclamando la democracia para la mayoría social. Algunas de estas manifestaciones populares pueden ser leídas desde la perspectiva de Rancière, prácticas donde formas políticas y estéticas se conjugan irrumpiendo en la sociedad, redefiniendo sus presupuestos.

No se pretende afirmar que estos movimientos son iguales, cada uno responde a las determinaciones específicas de su entorno y a condiciones materiales particulares. Dentro de cada geografía hay una pluralidad de agrupaciones; las movilizaciones no conforman una unidad estable, sino nodos como concentraciones en un marco múltiple y heterogéneo. Aunque las personas que formaron parte activa de las manifestaciones tenían procedencias ideológicas y culturales distintas (España, por ejemplo, no es precisamente una sola nación), las movilizaciones tienen elementos comunes que pueden leerse dentro de un contexto global, puntos de encuentro y efectos de contagio que son evidentes. Lo que parece más relevante de estas movilizaciones, en el contexto de lo anteriormente planteado, no es tanto qué partido gana e impone su hegemonía, o hasta qué punto se logran transformar las estructuras de gobierno, sino el acto mismo de la gente que, cansada de su condición, decide actuar y resistir.

Tampoco se pretende dar cuenta de estos acontecimientos, de sus causas y desarrollo, cuestiones que siguen en disputa y son de extrema complejidad respondiendo a contextos particulares, sino que se busca agruparlos como formas populares de hartazgo que llevan a la organización y a formas político-estéticas de resistencia civil.

Norteamérica

A mediados de los años noventa del siglo XX, en el estado de Chiapas (México) surgió un movimiento indígena guerrillero en contra del Estado y de la firma de los acuerdos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Nafta, por sus siglas en inglés)¹³, en los que el presidente Salinas, de dudosa elección, había modificado el artículo 27 de la Constitución, que impedía que las tierras comunitarias pudieran venderse. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional se hizo visible al mundo como una movilización popular armada que se levantaba contra las políticas globalizadoras neoliberales de un gobierno corrupto

prácticas que cambiaron *los marcos, las escalas, los ritmos, al construir relaciones nuevas entre la apariencia y la realidad, lo singular y lo común, lo visible y su significación*. Rancière. (2010). *El espectador emancipado*, Buenos Aires: Manantial, pp. 67. Se produjo casi espontáneamente una potencia que podría ser considerada como un devenir cultural, una potencia que moviliza y constituye nuevos modos de existencia y de lucha. Una revolución de la existencia sensible –que tiene efectos políticos–, y no tanto de las formas del Estado o del capitalismo. Que los movimientos sociales no se traduzcan inmediatamente en cambios políticos, no les quita su fuerza explosiva.

13 Se fomenta la desregulación de los mercados a través de la eliminación de las barreras arancelarias, la privatización de las empresas públicas, la educación, la salud y los bienes comunes, y se otorga mayor poder a las empresas transnacionales.

e ilegítimo. Su lema principal rezaba “Democracia, libertad, tierra, pan y justicia”, haciendo eco al “Pan, paz y tierra” de la Revolución Rusa. Unión popular en pie de lucha contra los poderes institucionales. Las mujeres desempeñaron un papel esencial, se organizaron, se movilizaron, se levantaron y conformaron diversas agrupaciones de resistencia civil. La figura visible del movimiento era un hombre anónimo, siempre encapuchado, que se hacía llamar *subcomandante Marcos*, nombre que se fue modificando; este personaje hablaba de los “sin partido” y los “sin tierra”. Totalmente al margen de las formas gubernamentales, el grupo decidió dar la batalla por el sentido de la realidad mientras los gobiernos los tildaban de subversivos y guerrilleros.

En Estados Unidos, para 1999, se organizó la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle, que se realizó del 29 de noviembre al 3 de diciembre. Las jornadas se conocieron como “La batalla de Seattle”. Miles de personas convocadas por sindicatos independientes, organizaciones ecologistas, profesionales de todas las ramas, anarquistas y gente del común, alejadas de cualquier partido político, se tomaron las calles de Seattle, querían protestar e interrumpir las reuniones de aquellos que con sus políticas y decisiones afectaban las vidas de millones. La protesta contra la OMC fue vista por quienes se unieron en las calles como una batalla por el futuro, por la configuración del nuevo siglo. “Poder para el pueblo y no para las multinacionales, soberanía popular y no comercial”, se gritaba en las manifestaciones. Seattle se convirtió en un estado policial y las manifestaciones pacíficas fueron dispersadas, silenciadas y reprimidas en duras batallas callejeras. Dos décadas después, la resistencia contra la globalización como estrategia del sistema capitalista es cada vez más apremiante.

La primera década del siglo XXI fue definida en términos geopolíticos por los eventos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, acontecimiento histórico enmarcado en un mundo conectado globalmente. Uno de los resultados de este suceso fue la intervención militar de Estados Unidos en Iraq (2003), liderada por el gobierno de George W. Bush. Rápidamente, la sociedad norteamericana produjo movimientos ciudadanos en contra de la guerra, los cuales fueron alimentados por muchos grupos antiglobalización. Frente a este proyecto imperialista contra Iraq, el 15 de febrero del 2003 se realizaron las primeras convocatorias de carácter realmente global de la historia. Entre seis y diez millones de personas alrededor del mundo se movilizaron y manifestaron en contra de esta guerra que, descaradamente, mostraba los intereses económicos que la motivaban; eran petroleros de Texas los que habían decidido esa intervención. Es muy dicente el gesto de Colin Powell al defender la guerra en las Naciones Unidas¹⁴.

Con el tiempo se demostró sobradamente que Iraq no tuvo ninguna relación con el 9/11, y que Sadam Husein no contaba con poder nuclear, factores que en su momento legitimaron la guerra más privada que se había visto. Hoy parece existir consenso en la sociedad norteamericana en cuanto a que esa guerra fue un error (como Vietnam, seguramente, y como tantas otras), en la que hubo la mayor cantidad de civiles

14 Cuando, en febrero de 2003, Colin Powell se dirigió al Consejo de Seguridad de la ONU para defender el ataque a Irak, la delegación estadounidense solicitó que la gran reproducción del *Guernica* de Picasso, situada detrás del podio del orador, fuera cubierta por un ornamento visual diferente. Aunque la explicación oficial fue que la obra no ofrecía el fondo más adecuado para la transmisión televisiva del discurso de Powell, a todos les quedó claro qué temía la delegación de su país: que el *Guernica*, que tiene fama de ser un cuadro “sobre” los catastróficos resultados del bombardeo de las fuerzas aéreas alemanas a la ciudad española durante la guerra civil, diera lugar a “asociaciones erróneas” si se utilizaba como telón de fondo a la intervención de Powell, en defensa, precisamente, del bombardeo de Irak por la fuerza aérea de los Estados Unidos, muy superior al de la aviación alemana (Zizek, 2006, pp. 71-72).

muestrados, torturas, encarcelamientos extrajudiciales, desplazamientos masivos, radicalización; con razón se afirma que la inestabilidad actual del Medio Oriente radica en el modo en que se llevó a cabo¹⁵.

Latinoamérica

Dos ejemplos claros de insurrección popular en el sur del continente americano en el siglo XXI fueron los casos de Bolivia y Argentina. En Bolivia, las luchas contra la privatización del agua entre 2001 y 2003 terminaron desalojando del poder a Gonzalo Sánchez de Lozada y dando paso a una revolución indígena que llevó al poder a Evo Morales. Un movimiento colectivo decidió deliberar sobre los asuntos comunes y entró en resistencia contra los dispositivos de dominación neoliberales que habían llegado al punto de volver ilegal la recolección de agua lluvia.

En Argentina, entre 2001 y 2002 la manifestación masiva contra la restricción de la libre disposición de dinero en efectivo produjo la presión que hizo huir al presidente Fernando de la Rúa, mientras las masas gritaban “¡Que se vayan todos!”. La técnica del cacerolazo se popularizó en toda Latinoamérica como forma de hacerse escuchar por las estructuras de poder político y económico. La gente se tomó las plazas y luchó contra la policía sin dejarse desalojar. La unión popular produjo un fuerte remezón en las estructuras políticas.

Islandia

En Islandia, entre 2008 y 2009 surgió lo que se conoció como la revolución de la cacerola. Miles de ciudadanos salieron a la calle a protestar contra el capitalismo financiero especulativo que destruía sus vidas; 2008 sería el año del gran desfalco financiero global. Los mercados que durante décadas dominaron los estados y sus soberanías se vieron en bancarrota y necesitaron de los gobiernos y las fuerzas políticas para su rescate. La caída de Lehman Brothers fue una de las manifestaciones más visibles. La creación de riqueza mediante la especulación había revelado el peligro ante el que se encontraba el sistema político democrático, su total servidumbre ante los intereses de la clase financiera. El detonante de las movilizaciones se dio por medio de la protesta de Hordur Torfason, un cantante folk que comenzó con demostraciones semanales frente al parlamento islandés. Luego, la plaza Austurvöllur fue tomada con manifestaciones no violentas y el movimiento fue creciendo con un efecto de irradiación incontenible. Las redes sociales jugaron un papel esencial en la información, agrupación, dirección y difusión. El lema del movimiento se resume en la consigna “Las instituciones democráticas no representan los intereses de los ciudadanos” (Castells, 2012). Pedían la dimisión del gobierno, elecciones y una refundación de la república robada por los políticos y las corporaciones. La presión pública logró la caída del primer ministro, se hizo una reforma constitucional con participación ciudadana. Algunos de los que intervinieron en las protestas fueron elegidos al parla-

15 Para muchos analistas es claro que esta guerra ha sido causa primordial de la multiplicación de radicalismos religiosos yihadistas en el Medio Oriente. En la última campaña electoral (2016) en Estados Unidos, fue un factor negativo que se utilizó para desacreditar al enemigo político el haber estado a favor de la intervención militar en Iraq en 2003. Tanto Clinton como Trump, en su momento, estuvieron de acuerdo con la intervención. En 2016 ambos pensaban que la guerra había sido un error. Por décadas se verán las consecuencias de ese conflicto.

mento, los bancos fueron nacionalizados, se eligió la primera ministra lesbiana (Johanna Sigurdardottir), y los responsables de los bancos fueron a la cárcel. Fue una de las primeras manifestaciones de la posibilidad de nuevas formas de cambio social, el reinicio de la formación de contrapoderes insurreccionales alrededor del globo contra los poderes financieros y sus alcahuetes políticos¹⁶.

El mundo árabe

En 2010 se dio inicio a las mayores revueltas populares, que tuvieron como centro el mundo árabe, que ya no fue el mismo después de este año. Estos levantamientos se denominaron la primavera árabe, haciendo alusión a la primavera de Praga de 1968, cuando los jóvenes checos salieron a la calle a clamar por un socialismo con cara humana, con mayor democracia. Túnez y Egipto se convirtieron en un campo de batalla. Mohamed Buazizi, un joven tunecino, vendedor ambulante, se inmoló como protesta contra el Estado que no le permitía hacer su trabajo y ganarse la vida. Este evento condensó la ira, humillación e indignación de las masas populares que salieron a la calle a protestar contra el régimen. Los manifestantes crearon espontáneamente su propio liderazgo en lugares y momentos concretos. Utilizaron las redes sociales para crear los contenidos, se abrió un espacio de libertad en el que se compartían videos, mensajes, canciones que incitaban a la indignación y a la movilización. Castells ha investigado lo que acuñó con el término de sociedad red. La importancia de la comunicación de masas digital, en la que el emisor decide el mensaje de forma autónoma, donde se producen redes de comunicación interactiva que funcionan de manera horizontal, sin control de los poderes clásicos. Por más que se intentó cerrar el acceso a internet en muchos países, eso no detuvo las organizaciones en red, gracias a la multiplicidad de los medios y la imposibilidad de controlarlos por su carácter anónimo. Muchas veces no hay nadie detrás, sino multiplicidades, colectivos sin nombre, sin líder, sin bandera. La sociedad civil en Túnez se hace consciente y activa y tomándose la calle piden la democratización del país. El dictador Ben Alí, con más de 30 años en el poder, luego de una fuerte represión policial, de encarcelar a todo aquel que denunciaba la corrupción del gobierno, terminó dimitiendo y entregando el poder. Túnez se convirtió en la primera pieza del dominó que tuvo efecto de irradiación por toda la liga árabe. La ola continuaría en Egipto, donde el 25 de enero de 2011, resistiendo los ataques de la policía, la gente se tomó la Plaza de Tahrir (liberación), que se convertiría en el símbolo de la batalla popular, un espacio público de revolución. Pero, como muestra Castells, una revolución hablada en múltiples voces, un espacio híbrido antiestatal, al margen de las instituciones, autogestionado, creando una transformación cultural de la sociedad. Las mujeres se unieron a los hombres en las protestas, exigiendo pan, libertad y justicia social. La gente en las calles sintió la fuerza y el valor de la unión y empezó a dejar de lado el miedo que inmoviliza y paraliza los activismos populares. Uno de los videos que se hizo viral y que convocaba a la gente a ocupar la plaza fue el de una joven, Asmaa Mahfouz, que invitaba a todo egipcio a unirse allí¹⁷. Raperos subían sus videos a la red global cantando contra las injusticias de los gobiernos y

16 En 2016 los conservadores volvieron al poder en Islandia, lo cual no significa que los movimientos sociales hayan fracasado, sólo que el poder siempre encuentra la manera de reconstituirse, de recodificarse o reterritorializarse, en términos de Deleuze, y que las luchas de resistencia también tienen que renovarse constantemente.

17 Cf. <https://www.youtube.com/watch?v=SgjlGmDsEuk>

la corrupción del poder. Más de dos millones de personas se movilizaron, el presidente Mubarak, luego de fallidos intentos de reprimir a los manifestantes (12.000 civiles sentenciados y mil muertos) terminó dimitiendo y hubo elecciones por primera vez en la historia egipcia. El efecto de contagio arribó a Siria, donde el régimen no cayó y se originó un conflicto que lleva más de cinco años con cientos de miles de muertos y refugiados y la intervención de decenas de países.

En cada una de estas movilizaciones, el modo esencial de manifestar las inconformidades de la gente pasa por el poder de las imágenes, las consignas y las plataformas cibernéticas, dando la lucha y la resistencia en un ámbito simbólico, donde se conjugan la emoción creativa, la transformación de la cultura por medio de intervenciones en un espacio estético de creación de significados y de una fuerte iconoclastia.

“La lucha de poder fundamental es la batalla por la construcción de significados en las mentes” (Castells, 2012).

La crisis general de los regímenes de poder (autoritarios en el Medio Oriente, democráticos en Europa) revela un descontento planetario que hace emerger una nueva expresión social. Los movimientos ciudadanos como conformación de un espacio público de acción política suceden de manera inesperada, hasta llegar al centro mismo del imperio y hacer hablar a los que no tenían voz, dándoles una palabra política (desempleados, jóvenes, campesinos, trabajadores, obreros, estudiantes, mujeres, pueblos originarios, inmigrantes, refugiados, gays, lesbianas, transexuales, etc.) (Roitman, 2012). La revista *Time* nombró al manifestante como el personaje del año 2011, utilizando como portada una creación del artista callejero Shepard Fairey, que se hizo famoso con sus afiches de OBEY. Es de notar que el manifestante es una figura femenina del Medio Oriente. Las movilizaciones como formación de contrapoderes que interrumpen las conexiones dominantes a través de la creación de conexiones de resistencia, como intento deliberado de cambiar las relaciones de poder, reprogramación de redes en torno a intereses y valores alternativos (Castells, 2012).

Se amplía el reparto de lo sensible en las comunidades improvisadas que emergen de las protestas, de modo que surge la esperanza de que otra vida sea posible. Lo importante no es tanto el mensaje de las protestas y las manifestaciones, como por ejemplo “Que caiga el régimen” o “¡No somos mercancías!”, sino el proceso mismo de agrupación y movilización por un sentido común renovado, el proceso de afirmación de la comunidad y de sus capacidades colectivas de autoorganización, deliberación y afirmación. La gestión de la vida colectiva se produce en microorganizaciones, en pequeños grupúsculos de desconocidos que comparten el deseo de rebelarse, forman parte de un relato colectivo que ya no circula por los medios masivos hegemónicos, sino por redes del ciberespacio y hacen que los colectivos sean capaces de hablar por sí mismos, un ecosistema de lenguajes que expresa nuevas formas de relacionarse y agruparse, nuevas subjetividades y colectivos. En el caso de la calle, el proceso es el mensaje, en el ciberespacio el medio es el mensaje, como diría McLuhan, el instrumento determina la función.

El autor Zigmunt Bauman criticó los movimientos y afirmó que eran simplemente emocionales, sin programa y sin vislumbrar un horizonte de futuro, sin pensamiento y sin soluciones; pero precisamente en ello radica su fuerza, en ser movimientos emocionales que no comienzan con una base ideológica ni como representantes de ningún partido. Sin estrategia política en sus prácticas repolitizan a la población civil, crean comunidad y compañerismo, solidaridad que se hace más fuerte al enfrentarse a un enemigo común,

al compartir el compromiso social de luchar contra el poder económico-político. Boaventura de Sousa (2015) ha dejado muy claro que la transformación social no puede venir de las instituciones, sobre todo cuando las democracias representativas han sido derrocadas por el capitalismo.

España

España es un caso particular dentro de las movilizaciones ciudadanas del siglo XXI. El 15 de mayo del 2011, en Madrid y otras ciudades se vivió un despertar ciudadano que movilizó a miles de españoles en lo que se denominó el 15-M. Tuvo su preludio en las redes de internet¹⁸, con colectivos como Democracia real ya o Toma la calle, que convocaron a través de sus plataformas a las manifestaciones. Se vivía un tiempo nuevo, un nuevo clima, algo en la atmósfera, un poco de aire fresco que terminaría reconfigurando el espacio político tradicional bipartidista de la nación. La sociedad civil actuó al margen del Estado, con acciones, intervenciones, reuniones en espacios públicos, sin banderas, construyendo comunidad. El detonador de las marchas radicaba en las condiciones de miseria de la mayoría de la población, la protesta por las acciones de los políticos a favor de los poderes financieros y en contra de las mayorías. Miles se veían afectados por los problemas de vivienda y los desahucios masivos. La indignación lleva al compromiso y éste a la movilización. Esa noche algunos decidieron acampar en la plaza Puerta del Sol y nació lo que se llamó acampada sol, una microsociedad que crecía día a día. La policía los desalojó rápidamente y eso provocó la respuesta de miles que llegaron a reclamar el espacio público como paralelo al reclamo por la palabra política. Las tensiones no se detuvieron, entre el 20 y el 21 de mayo el tribunal prohibió la toma de la plaza; la gente desobedeció la orden, no se retiró. Se presenciaba una especie de actualización de la dimensión política de la vida. Las acampadas se reprodujeron en todo el mundo, la toma de la plaza de Tahrir se había convertido en el símbolo de la reivindicación de una democracia directa frente a la democracia clásica representativa. “No nos representan” gritaban los manifestantes; sus voces resonaron por las redes globales y tuvieron eco en movilizaciones como Occupy Wall Street en Estados Unidos, que incidieron en las nuevas protestas como Black lives matter, o Mee too contra el acoso sexual femenino, entre otras.

Las luchas se daban eminentemente en el terreno de lo simbólico. Territorio compuesto por líneas de variado tipo, en donde se juega la política estética. Rancière, —y antes que él, Foucault, en otro contexto conceptual— dice que en el reparto de lo sensible se distribuyen lugares y objetos, se hacen posibles formas de enunciación común y hay un campo de lo factible.

Lo real es siempre el objeto de una ficción, es decir, de una construcción del espacio en el que se anudan lo visible, lo decible y lo factible... Tanto la ficción artística como la acción política socavan ese real, lo fracturan y lo multiplican de un modo polémico (Rancière, 2010, p. 77).

Los cánticos, las acampadas, las marchas, los flujos colectivos en una misma dirección, la autogestión, todo ello produce nuevas formas de protesta, de agrupación, de compartir unas soledades, miserias y desilusiones que encuentran un cauce por donde manifestarse y aglutinarse. El movimiento terminó

siendo agrupado con el concepto de los indignados, que se caracterizan por ser menores de 40, que se ven a sí mismos como una juventud “sin futuro, sin casa, sin curro (trabajo), sin pensión, sin miedo” y que se encuentran como refugiados en su propia nación, expulsados del sistema y desahuciados del poder político que gestiona sus vidas. Como en 1917 y en mayo del 68, la gente discutía en la calle sus condiciones de vida, su desespero e inconformismo con respecto a las instituciones políticas y financieras.

En la acampada se hicieron visibles todo tipo de manifestaciones simbólicas, consignas, encuentros musicales, danzas, teatro callejero, asambleas, debates, y todo lo que ocurría en las redes sociales. Las movilizaciones no necesitaron los medios tradicionales para hacerse visibles, ellos creaban los contenidos y replicaban o retuiteaban los mensajes. No sólo se hacía evidente que la población civil no necesitaba a los políticos, sino que tampoco requería los poderes que construye tradicionalmente la opinión pública, también los poderes mediáticos responden a los financieros y nada se podía esperar de ellos. Los grandes canales de televisión, los periódicos y noticieros no supieron cómo leer lo que ocurría en la calle. Los primeros días de la manifestación casi no hubo reportes de lo sucedido; la primera etapa fue de negación por parte de los medios, no entendían la realidad y trataron de silenciarla. No fue sino hasta el 19 de mayo, luego de que el Washington Post tuvo como portada la toma, que los grandes periódicos en España visibilizaron la acampada y las manifestaciones.

Los políticos tradicionales, por su parte, se refirieron a las movilizaciones como chusma piojosa, como comunistas de izquierda que buscaban hacer de España una nueva Venezuela o Cuba. Esperanza Aguirre, la presidenta del partido popular de la comunidad de Madrid, afirmaba:

Tras los indignados, los camorristas, pendencieros, que abogan por democracia directa, se puede esconder un golpe de Estado... Tras la apariencia de inocentes movilizaciones se esconde la deslegitimación de nuestro sistema representativo... Citado de Roitman (2012).

Reactualización del duro enfrentamiento entre las derechas y las izquierdas en un contexto de guerra fría. Zizek (una de las voces más sonadas, más visibles en redes sociales), de nuevo, habla del derrumbamiento de lo que Chomsky llama la manufactura del consentimiento, los poderes políticos como los poderes mediáticos (manejados ambos por los poderes financieros) ya no tienen la hegemonía sobre la producción de lo que la gente piensa, quiere y hace. Sobre todo, ya no tienen dominio sobre lo que la gente vota¹⁹. La autonomía que hacen posible las redes sociales pone en duda el monopolio sobre los significantes que antes poseían las clases dominantes, lo que se ha catalogado en España como los de la “casta.” Las movilizaciones se independizan del poder institucional y hacen visibles nuevos objetos, imágenes, significados en espacios públicos, colectivos. Se re-significan los conceptos, se da una reconfiguración del campo de lo sensible.

Durante el 15-M comenzaron a circular todo tipo de consignas, eslóganes, grafitis, discursos y relatos de significación. La palabra trataba de dar cuenta del acontecimiento pero, como siempre, se queda atrás o llega demasiado tarde. Para el segundo día de la movilización ya existía un manifiesto firmado por ¡Democracia real ya! En éste —como en todo manifiesto—, se enuncian los postulados básicos en los que

19 En 2017 vimos claros ejemplos como el Brexit en Inglaterra para salir de la Unión Europea, los vos que logró el NO en las votaciones del plebiscito sobre el acuerdo de paz en Colombia y, por supuesto, el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos.

se pueden conjugar la indignación de las multitudes. El texto comienza: “Somos personas normales y corrientes”. Gente del común, de a pie, como se diría. Aunque de diversa procedencia, lo que los unía era la preocupación e indignación frente al orden político-económico del país. La irrupción de lo plebeyo. La presión de los de abajo que no cesa de mostrar momentos de ebullición donde se desbordan los límites que contienen la depresión, la desesperación de los pueblos. En un gesto liberador, las multitudes gritaban “El pueblo unido funciona sin partidos”. En los puntos principales predominan la redefinición de la democracia y de la participación ciudadana en las formas políticas y la repartición de las desigualdades. Se plantea que el modelo económico es obsoleto y que los valores que promueve sólo empobrecen a la población. El énfasis se encuentra en la capacidad de los pueblos para escribir su historia, en la fuerza ciudadana que puede tomar las riendas en la gestión de sus propias vidas y en la facultad de hablar por sí mismos para ser escuchados por otros.

Los ciudadanos formamos parte del engranaje de una máquina destinada a enriquecer a una minoría que no sabe ni de nuestras necesidades. Somos anónimos, pero sin nosotros nada de esto existiría, pues nosotros movemos el mundo... Por todo lo anterior, estoy indignado. Creo que puedo cambiarlo. Creo que puedo ayudar. Sé que unidos podemos. Sal con nosotros. Es tu derecho... Nosotros los desempleados, los mal remunerados, los subcontratados, los precarios, los jóvenes... queremos un cambio y un futuro digno. Estamos hartos de reformas antisociales, de que nos dejen en el paro, de que los bancos que han provocado la crisis nos suban las hipotecas o se queden con nuestras viviendas, de que nos impongan leyes que limitan nuestra libertad en beneficio de los poderosos. Acusamos a los poderes políticos y económicos de nuestra precaria situación y exigimos un cambio de rumbo”. (<http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/>)

IV. CONCLUSIÓN

A modo de conclusión se puede hacer referencia a Indignaos, de Stéphane Hessel (2010), que se ha convertido en el manifiesto oculto o no oficial de las movilizaciones de la segunda década del siglo XXI. Es un pequeño documento que puede verse como el testamento de un hombre que ve el fin acercarse y que, como testigo directo de importantes acontecimientos que definen el siglo XX y lo que sea del XXI, siente la necesidad de hacer un recuento de su compromiso político acompañado de un llamamiento a las nuevas generaciones a indignarse contra los abusos del poder, contra la desigualdad del sistema, contra la pérdida de los derechos civiles y los derechos humanos, contra el genocidio y la explotación económica. Una exhortación a la indignación, al compromiso político, al activismo social, a la desobediencia civil y la resistencia pacífica. Resuenan, por supuesto, los nombres de Thoreau, Tolstoi, Gandhi, Luther King, en ese orden. El texto de Hessel se inscribe en la larga tradición de escritos de resistencia contra las composiciones del poder históricamente constituidas. Vemos reconfigurarse viejas categorías de autor en este caso específico (Foucault, 1998). El texto funciona como el Manifiesto comunista de Marx y Engels de 1848, “Abrid los ojos —dice Hessel—, antes combatíamos contra las dictaduras fascistas, hoy ustedes tienen que combatir contra las dictaduras del mercado, contra los poderes políticos que no responden a las necesidades de las personas comunes y corrientes”. El texto llama a la resistencia, se aviva el grito de ¡Indignaos!, se

invita a la militancia, al compromiso y a luchar contra la indiferencia y la conformidad ignorante. Se hace una importante alusión a Sartre, figura esencial en la resistencia francesa, que construyó una filosofía de la libertad y la responsabilidad, que impuso la imagen del intelectual comprometido que interviene en los asuntos públicos que afectan a todos. “Busquen las razones de indignación –afirma Hessel–, las encontrarán”. Descubrir lo intolerable y entrar en acción para no tolerarlo nunca más. Así definía Foucault su trabajo sobre las relaciones de poder.

El texto de Hessel concentra el espíritu de las movilizaciones, el despertar del pueblo que sale a la calle a manifestar su descontento y a reclamar por otra vida posible. En un mundo de caos, Hessel aboga por la esperanza: “Saldremos de las contradicciones en algún momento”. “Vamos lento porque vamos lejos”, decía una de las consignas del 15-M. El padre de Hessel fue amigo de Walter Benjamin y lo ayudó en la traducción de Proust; Hessel se refiere a él con respeto pero no quiere caer en el pesimismo de concentrarse en las ruinas, sino en pensar en la posibilidad de un mundo mejor, entendiendo que eso se da entre las ruinas, en una constante batalla de resistencia. Por ello termina su texto con la cita de Deleuze, que reza: “Crear es resistir; resistir es crear”. Parece que no hay mejor solución que la solución creadora.

Se puede decir que hay una política estética en las movilizaciones populares del siglo XXI, como la hubo en la Revolución Rusa de 1917, en la que se juega la gestión de la vida de la gente en campos simbólicos que, al modificarse, transforman los modos sensibles de habitar el mundo común. Producción de textos, de imágenes, de películas y de acciones políticas que convergen en una postura de resistencia y creación estéticas. Las masas populares excluidas se incorporan a la política con nuevas formas que desbordan lo político mismo. Surgimiento de nuevos actores políticos colectivos que dan lugar a nuevos conjuntos y voluntades que se ven canalizadas por medio de manifestaciones populares. Los cuestionamientos a los fundamentos de la política zarista o de la política representativa de hoy, hacen que se modifiquen las fichas dentro del tablero de juego, y que se abran brechas por donde algo novedoso pueda emerger. Claro está que hay momentos de crisis, y los populismos fácilmente pueden traducirse en concentración de odios y formas de discriminación y aparición de movimientos de extremas derechas. Como afirma Nicolás Gómez Dávila, parece que las ideas de izquierda inspiran las revoluciones, mientras que las revoluciones terminan en las ideas de derecha. Dándole la vuelta a una cita de Hölderlin utilizada por Heidegger, “En donde está lo que salva puede estar el peligro”.

Pensamos que una de las mayores enseñanzas de la gran Revolución Rusa de 1917 es el hecho de que en los acontecimientos de las insurrecciones sociales se puede dar lugar a imaginar nuevos procesos de subjetivación dentro del mundo común, del mundo sensible. La política como el espacio y la manera de habitar juntos el mundo. Configuración de comunidad a partir de invenciones disidentes de los sujetos políticos, de modo que se haga posible repoblar constantemente el mundo del poder, alterando el estatuto de los objetos y la relación entre los signos.

Cuando un pueblo lucha por su liberación siempre hay una coincidencia de los actos poéticos y los acontecimientos históricos o las acciones políticas, encarnación gloriosa de algo sublime o intempestivo... También en política hay creadores, movimientos creativos que en algunos momentos ocupan la historia (Deleuze, 1967).

Referencias

- Arendt, H. (2008) *Rosa Luxemburgo*, en: *Hombres en tiempos de oscuridad*, ed. Gedisa, España
- Castells, M. (2012), *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*, Madrid, Alianza Editorial.
- Deleuze, G. (1984) *Mayo del 68 nunca ocurrió*, con Félix Guattari, *Les Nouvelles Littéraires*, 3-9 de mayo, pp. 75-76. En *Dos registros de locos*, España, Pre-Textos, 2007.
- Deleuze, G. (1967). *Entrevista con Guy Dumur*. En Pardo, José Luis. (2011). *El cuerpo sin órganos. Presentación de Gilles Deleuze*, España, Pre-Textos.
- De Sousa, B. (2015). *Las revueltas mundiales de indignación: su significado para la teoría y para la práctica*. En: *Revueltas de indignación y otras conversas*, Bolivia, José Luis Exeni Rodríguez (ed.).
- Foucault, M. (1984). *Un curso inédito: comentario al texto "¿Qué es la ilustración?", de Kant*. *Magazine Littéraire*, 207, mayo de 1984.
- Foucault, M. (1998) *¿Qué es un autor?* Argentina: Ediciones de la École Lacanienne de Psychanalyse (Edelp). Litoral.
- Foucault, M. (2012). *Poder y saber.*, Entrevista con Shigehiko Hasumi, París, 1977. En: *El poder, una bestia magnífica.*, Argentina: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Gómez D., N. (2005). *Escolios a un texto implícito*, Tomo I. Bogotá: Villegas Editores.
- Hessel, S. (2010). *Indignaos*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Hobsbawm, E. (1998) *Historia del siglo XX*. Argentina: Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori, S.A.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Nietzsche, F. (2003). *De grandes acontecimientos*. En: *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para ninguno*. España: Alianza Editorial.
- Pardo, J. L. (2011). *El cuerpo sin órganos. Presentación de Gilles Deleuze*. España: Pre-Textos.
- Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*, Buenos Aires: Manantial.
- Rancière, J. (2012). *El malestar de la estética*. Madrid: Clave Intelectual.
- Reed, J. (2008). *Diez días que estremecieron al mundo*. Recuperado de <http://www.cronicon.net/paginas/Documentos/paq2/No.22.pdf>.
- Roitman, M.. (2012). *Los indignados. El rescate de la política*. Madrid: Akal.
- Zizek, S. (2006). *Órganos sin cuerpo*. España: Editorial Pre-Textos.

La mujer en la Revolución Rusa

Milena Mosquera Mejía

Comunicadora social de la Pontificia Universidad Javeriana. Magíster en Enseñanza de Inglés de la Universidad de la Sabana. Experiencia en la enseñanza de inglés como segunda lengua y en coordinación académica y administrativa de proyectos educativos.

milena.mosquera@escuelaing.edu.co

Cincuenta años antes de que el Reino Unido, Estados Unidos y otros países de América y Europa aceptaran el voto de las mujeres, legalizaran el aborto, aprobaran el divorcio, hablaran del amor libre, de la liberación de las mujeres del trabajo doméstico y de dejar de perseguir a los homosexuales, los rusos lo hicieron. Esta transformación social se produjo como consecuencia de la revolución de 1917, época en la que la mayoría de la población estaba compuesta por obreros y campesinos iletrados, en un país al que se le consideraba atrasado y subdesarrollado.

Previo a la revolución, la mujer en Rusia era vista casi como un objeto del cual su esposo era dueño. Con una población como la mencionada previamente, ella no debía cumplir función diferente de la de ser ama de casa, cuidar a su familia, criar a los hijos y aceptar todo lo que su esposo o compañero quisiera hacer. De hecho, en la ley zarista estaba estipulado que el hombre tenía derecho a golpear a su mujer, lo que nos hace pensar que tenía poca oportunidad de estudio o progreso; en otros casos, como en la clase obrera, las niñas de tan solo 12 a 14 años estaban ayudando con las labores de la casa, el campo o las fábricas en donde la jornada laboral era de 18 horas diarias. Eran tratadas como esclavas y, por supuesto, su opinión no contaba para nada.

Este proceso del trabajo de la mujer en las fábricas fue creciendo en las ciudades debido a la necesidad de que los hombres obreros y campesinos fueran reclutados para apoyar a su país en el frente durante la Primera Guerra Mundial, acontecimiento que causó la disminución de la cantidad de hombres pues la falta de entrenamiento hacía que muchos murieran en el frente. Tal evento obligó a que muchas campesinas migraran a las ciudades para brindar apoyo en las fábricas; así fue aumentando el número de obreras iletradas en las zonas urbanas (Frederiksen, 2017; Rossi, 2004).

Las mujeres estaban agotadas. Esto hizo que todo cambiara cuando los bolcheviques llegaron al poder, pues, hastiadas de sus condiciones, las obreras se organizaron en grupos clandestinos pequeños que se remontan a 1890. Había una clase minoritaria burguesa compuesta por hombres y mujeres que provenían de familias con una posición social media, dueñas de fábricas o pequeñas industrias, que estaban insatisfechas con el sistema regido por el zar. Dicha burguesía había tenido la oportunidad de salir de Rusia y estudiar alrededor de Europa y su pensamiento era de avanzada: pretendían implementar en Rusia un nuevo sistema. Un sistema basado en la igualdad de los sexos a partir del afecto y el respeto mutuos, en el que no existiera dependencia económica de ningún tipo. Fue así como los burgueses socialistas iniciaron la alfabetización de las mujeres. Se reunían en los colegios o en las fábricas en donde, ya se sabe, la mayoría de trabajadores

eran mujeres, como en la industria textil. De manera que cuando los dueños de las fábricas no estaban, o pertenecían a esa clase burguesa interesada en las ideas socialistas, las mujeres se congregaban a discutir temas sociales e incluso tuvieron acceso a literatura marxista, obviamente prohibida, que algunos bolcheviques les hacían llegar. De hecho, es sabido que fue Mikhail Ivanovich Brusnyev con sus ideas marxistas, cuyo objetivo era la revolución socialista, quien organizó los primeros círculos de estudio en San Petersburgo y Moscú. Esos grupos estuvieron compuestos en primera instancia por hombres, pero poco a poco la mujer fue ingresando a ellos. Hacia finales de 1890 ya había por lo menos 20 de estos grupos, a los que asistían las trabajadoras de las fábricas, costureras y empleadas domésticas. Los círculos se expandieron gracias a las escuelas dominicales en las que se reunían las trabajadoras para aprender a leer y escribir y allí llegaban los intelectuales liberales marxistas a hacer su propaganda. Era el momento y el nicho perfecto para vender y expandir sus ideales que proclamaban la igualdad entre mujeres y hombres, la dignificación del trabajo y mejores condiciones de vida para todos (Frederiksen, 2017). El movimiento creció tanto que se constituyó el sindicato que más adelante daría paso a la formación del partido social-demócrata. Es importante destacar que Rusia estaba pasando por una coyuntura en la que se dio la caída de Port Arthur en diciembre de 1904 y la captura de lo que quedaba de la flota rusa del Pacífico, acontecimientos que desataron el Domingo Sangriento del 9 de enero de 1905. Como consecuencia, vendría un año lleno de revueltas y conmoción en el país. Ello también daría cabida al primer parlamento ruso (Duma) y a los primeros consejos (soviets) del partido (Rojas, 2017). En este punto hay que enfatizar en la influencia de una mujer que permitió la consolidación del partido en Rusia gracias a su creencia total en él: Nadezhda Krúpskaya, quien, con otras líderes, desempeñó un papel fundamental en la construcción de la filosofía partidista.

Fue tan relevante la participación de la mujer en todo este movimiento, que en la formación del bolchevismo se destacaron varias de ellas entregadas a la causa. Entre las más destacadas están cinco que ocuparon un lugar fundamental en la formación del partido y en la proclamación de los derechos de la mujer: Nadezhda Krúpskaya, Alexandra Kollontái, Inessa Armand, Natalia Sedova y Larisa Reisner, quienes cumplieron funciones necesarias para el partido y fueron mujeres de confianza para los líderes, entre ellos Lenin, Stalin y Trotski (Ruthchild, 2010).

Los grupos clandestinos acompañados y apoyados por estas cinco partidistas llevaron a una emancipación inicial en 1905 que no fue victoriosa para los bolcheviques, pues fueron obligados a emprender la retirada; sin embargo, allí quedó clara la decisión que ya se tenía por defender su causa de luchar a la par con hombres e incluso, muchas decían que lucharían a muerte por sus derechos. Algunas organizaron resguardos para proteger a los revolucionarios; otras fueron secretarías, y aunque hay quienes lo consideraron un papel sin importancia, para el movimiento fue fundamental pues eran las encargadas de transmitir los mensajes de la revolución y mantener el contacto entre los revolucionarios y los líderes exiliados, como en el caso de Lenin, pues fueron su hermana María y su esposa Nadezhda quienes mantuvieron la comunicación entre él y su partido activo en Rusia.

Es vital explicar quiénes fueron estas mujeres y cuál fue su papel en el partido y en la época de la revolución.



Ilustración 1. Nadezhda Krupskaya (Wikimedia Commons, 2012)

Nadezhda Krúpskaya fue la mujer y compañera de Lenin. Nació en una familia noble, en San Petersburgo, era hija de un oficial. En su etapa de formación se unió a grupos de discusión y en uno de ellos conoció a Lenin. En 1896, durante el exilio de Lenin en Siberia, se casaron, pues su fascinación por sus ideales la llevaban a donde él fuera. Después de su alianza decidió trabajar como editora en el diario revolucionario *Iskrá*. Al poco tiempo de que los bolcheviques se tomaran el poder, volvieron y Krúpskaya empezó a trabajar con Anatoli Lunacharski, quien fuera el primer comisario del pueblo en temas de enseñanza, así que ella fue nombrada como viceministra de educación por más de diez años; su trabajo se enfocó en asuntos de analfabetismo adulto. También fue quien inspiró la creación de Los Pioneros, campamentos juveniles para adolescentes en los que se entrenaban para ser los ciudadanos soviéticos del futuro, y del Komsomol, organización de jóvenes entre los 14 y 28 años de edad en la que recibían formación para ser parte del partido socialista.



Ilustración 2. Alexandra Kollontái (D'Armengo, 2003)

Otra mujer muy importante para la revolución fue Alexandra Kollontái, revolucionaria bolchevique nacida en Ucrania y criada en San Petersburgo. Dirigió la Oposición Obrera y promovió el sindicalismo industrial. Estudió Historia en Suiza y vivió varios años en Finlandia. Fue una mujer de Estado por varios años: diplomática, ministra y gracias a su lucha por los derechos de la mujer, logró que se le concedieran algunos de ellos. Trabajó en instituciones educativas y en 1915 se unió al movimiento. Como mujer de Estado comenzó una serie de reformas que propendían a la igualdad entre hombres y mujeres. Entre sus muchos escritos, vale la pena rescatar lo que dijo en 1905:

“Tras la subordinación de la mujer se esconden factores económicos específicos; las características naturales han sido un factor secundario en este proceso. Sólo la desaparición completa de estos factores, sólo la evolución de aquellas fuerzas que en algún momento del pasado dieron lugar a la subordinación de la mujer, serán capaces de influir y de hacer que cambie la posición social que ocupa actualmente de forma fundamental. En otras palabras, las mujeres pueden llegar a ser verdaderamente libres e iguales sólo en un mundo organizado mediante nuevas líneas sociales y productivas” (Kollontái, 1921).

En sus palabras se ve claramente su lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, su deseo por dignificarlas, darles el puesto que les correspondía en la sociedad y su convencimiento de que sólo en la igualdad puede triunfar el orden social.



Ilustración 3. Inessa Armand (TASS, 2017)

Continuando con las mujeres destacadas del movimiento, Inessa Armand también fue una feminista y comunista que trabajó, junto con su marido, por los niños campesinos en Moscú, donde abrieron una escuela. Nació en París, pero creció en Moscú con su abuela y una tía. Fue intelectual y políglota. En 1903 ingresó secretamente al Partido Obrero Socialdemócrata y fue arrestada en 1907 por su actividad política. Estuvo dos años desterrada al norte de Rusia hasta que escapó en 1908 y viajó a París, donde conoció a Lenin. Se dice que ella fue su verdadero amor, pues era apasionada por el bolchevismo y se convirtió en su mano derecha; incluso fue ella quien hizo que Lenin organizara la campaña en la Duma. Dirigió Zhenotdel que, como su nombre lo indica, fue “la sección de mujeres”, es decir, el directorio o departamento interno del partido comunista creado para mejorar las condiciones de la mujer. Ella y Kollontái, las fundadoras, organizaban guarderías, lavanderías y escuelas para minimizar la carga pesada que tenían las mujeres; entre sus funciones también estaba la de continuar con la formación socialista.



Ilustración 4. Natalia Sedova (Safónova, 2017)

Natalia Sedova fue la segunda mujer de Trotski. Revolucionaria consumada, educada en Rusia, provenía de una familia de comerciantes ricos. Conoció a Trotski en París a los 20 años de edad. Apoyaba el periódico *Iskrá*, del que Trotski era representante en Londres. Los dos participaron en la revolución en 1905. Salió a Europa pero luego, en mayo de 1917, volvieron juntos. Acabada la revolución, también trabajó en ámbitos educativos y estuvo encargada de museos y monumentos antiguos; en 1929 fueron expulsados de la URSS y terminaron exiliados en México; allí murió Trotski en 1940. Ella decidió volver a París y allí continuó en contacto con varios exiliados de la revolución.



Larisa Reisner

Ilustración 5. Larisa Reisner (Wikimedia Commons, 2017)

Larisa Reisner nació en Polonia. Era hija de un profesor de derecho y realizó sus estudios superiores de literatura en San Petersburgo, lo que la llevó a publicar en el diario antibélico *Rudin* y luego de la revolución de febrero trabajó en el diario *Nóvaya Zhizn*. Es conocida como una increíble escritora revolucionaria. En 1917 trabajó en la preservación de monumentos artísticos. Cuando se unió al partido bolchevique se convirtió en un miembro político militar y estuvo en el Comisariado del Cuartel General de la Armada de Moscú. En 1923 viajó a Alemania para participar en la revolución y poder escribir sus artículos desde el lugar de los acontecimientos. Allí conoció al revolucionario internacional Karl Radek, pero sólo tres años después, con apenas 30 años, murió en Moscú (Safónova, 2017).

La lucha de estas líderes desde la educación, la política y diferentes ámbitos culturales marcaron cambios sociales innegables en el pueblo ruso, pero principalmente reivindicó la posición de la mujer en la sociedad. Todas ellas, que fueron parte no sólo del partido sino de la literatura marxista y la capacitación en

ideas socialistas, cambiarían para siempre su posición frente a la vida y sus comunidades, pues el esfuerzo y trabajo que desempeñaron no se borraría de la mente ni de los corazones de todas aquellas que tuvieron la oportunidad de ver una existencia diferente, con posibilidades de trabajar en condiciones dignas y derecho a participar en el ámbito social.

Con la llegada de Lenin y la emancipación bolchevique, estas doctrinas empezaron a tener opositores. La ideología nueva quería reformar todas las instituciones, acabar con el patriarcalismo y hacer de la mujer un ser no dependiente. Fue así como la igualdad entre hombres y mujeres promovida por Lenin, en la que se estableció que las familias podían disolverse, que se determinó que el aborto era una opción y que el trabajo lo podían realizar en igualdad de condiciones. Esto trajo una contradicción inmensa entre el capitalismo y la realidad de la mujer al poco tiempo de tomarse el poder, pues al entrar a la fuerza laboral, ella descuidó el hogar y de allí surgieron variados problemas de salud, de mortalidad infantil y de disolución de las familias. Por ello los bolcheviques discutían que sólo en el modelo socialista tenía solución el problema resultado del trabajo y la familia.

En este sistema, hombres y mujeres trabajarían hombro a hombro y tendrían las mismas oportunidades laborales y de formación y se crearían centros con personal asalariado que se encargaría del trabajo doméstico: restaurantes, lavaderos comunitarios, centro de cuidado de niños, etc. En este mismo sentido, el papel social de la familia y del matrimonio perdía sentido y el estado apoyaría la idea de uniones libres entre parejas de cualquier sexo, con la potestad de tener y criar a sus hijos según su libre albedrío, sólo guiadas por el respeto mutuo y un amor verdadero.

Toda esta utopía de llevar lo doméstico a lo público fortaleció el socialismo en sus inicios y fue lo que de muchas maneras cautivó a las mujeres oprimidas y cansadas de no ser tenidas en cuenta, pues todos estaban en igualdad de condiciones y la burguesía ya no tendría los privilegios de antes. Y si hombres y mujeres estaban en igualdad de condiciones, ¿cuál sería el resultado? Que no habría dependencia de las mujeres y se empezaría un orden diferente en las relaciones familiares y sociales, en las que la mujer podría acceder a los mismos espacios de los hombres para formarse social, cultural y políticamente, y sería tratada como una camarada con opción de expresar sus opiniones abiertamente.

En ese expresarse abiertamente empezaron a verse diversos puntos de vista, pues mientras algunos promulgaban que estas expresiones eran de todo tipo y tanto en lo político como en lo personal debían ser libres. Otros fueron más conservadores e incluso el mismo Lenin, poco después de su posesión empezó a promover límites a tanta libertad. Un ejemplo de ello es el hecho de que Alexandra Kollontái defendía la libertad en todo sentido, incluso en lo sexual. Frases como “En la naturaleza no existe lo moral ni la inmoralidad” o “La satisfacción del instinto sano y natural sólo deja de ser normal cuando trasciende los límites establecidos por la higiene”, e incluso “Las relaciones sexuales estarán basadas en un instinto saludable de reproducción provocado por el desenfreno del amor joven, por una ferviente pasión, por un fognazo de atracción física o por una cariñosa luz de armonía intelectual y emocional” (Kollontái, 1921) fueron pronunciadas y defendidas por ella en todos los ámbitos de la vida pública. Esto no quiere decir que ella estuviera de acuerdo con aspectos tales como la prostitución; de allí que hablara de los límites de la higiene, pues decía que ello era una creación capitalista en la que se vendía el cuerpo de jovencitas a

viejos burgueses. Pero sí defendía el amor libre, sin ataduras, que les permitiera a las personas involucradas desarrollarse intelectual e independientemente, sin ataduras ni preceptos.

Lenin, quien tampoco estaba de acuerdo con la prostitución, llegó a preguntar, en relación con esto, si “una persona normal se acostaría en una cloaca para beber de un charco” (Lenin, 1934). Él no sólo la veía como un problema del capitalismo y la mujer, sino que pensaba que había unas grandes dificultades de falta de educación para que la clase proletaria lograra salir de la ignorancia y el atraso para tomar decisiones que cambiasen el rumbo de la sociedad en general. Entonces, tanta libertad para ciudadanos incapaces de tomar decisiones racionales pondría el sistema en un riesgo que los conduciría a perder el poder. Así que insinuó que el amor libre se volvería libertino y la sociedad ya no tendría un sistema ordenado y estricto regido por normas de convivencia social: se convertiría en un circo en el que imperarían el desorden, la insalubridad y el desequilibrio.

De este modo, al llegar Lenin al poder, se fue perdiendo poco a poco el ideal de igualdad que defendían estas mujeres y se fueron apagando las banderas que durante muchos años las bolcheviques habrían enarbolado. Sumado a esto, llegó la muerte de Lenin en 1924 y fue remplazado por Stalin, quien hundió por completo las ilusiones de aquellas que lucharan con su vida por la igualdad y el reconocimiento social y digno de las mujeres.

Referencias

- Frederiksen, M. (10 de marzo de 2017). Women before, during and after the Russian Revolution. Recuperado de www.bolshevik.info: <https://www.bolshevik.info/women-before-during-and-after-the-russian-revolution.htm>.
- García, J. (2017). Centenario de la Revolución Rusa. Los bolcheviques y las elecciones (II). Prensa por un partido obrero. Recuperado de <http://www.po.org.ar/prensaObrera/online/aniversarios/centenario-de-la-revolucion-rusa-los-bolcheviques-y-las-elecciones-ii>.
- Goldman, W. Z. (2012). La mujer, el Estado y la revolución: política familiar y vida social soviéticas 1917-1936. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Kollontái, A. (1921). La prostitución y cómo combatirla. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1921/001.htm>.
- Lenin, V. I. (1934). The emancipation of women. New York: International Publisher.
- Rojas, M. (2017). Lenin y el totalitarismo. Santiago: Penguin Random House.
- Rossi, E. (2004). The emancipation of women in Russia before and after the Russian Revolution. Recuperado de <https://www.bolshevik.info/emancipation-women-russia.htm>.
- Rowbotham, S. (2014). Women, resistance, and revolution: a history of women and revolution in the modern world. London: Verso.
- Ruthchild, R. G. (2010). Equality and revolution. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Ruthchild, R. G. (2010). Women in Russia before and after the revolution: women rights in the Russian empire, 1905-1917. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Safrónova, A. (2017). Cinco mujeres clave de la revolución rusa. Recuperado de https://es.rbth.com/politica-y-sociedad/sociedad/2017/03/17/5-mujeres-clave-de-la-revolucion-rusa_721806.
- Valenzuela, J. (2017). Huelga general y marxismo: de 1905 a 1917 (I). Recuperado de www.laizquierdadiario.com: https://www.laizquierdadiario.com/Huelga-general-y-marxismo-de-1905-a-1917-1?id_rubrique=5443.

¿Qué nos puede decir el arte acerca de la Revolución Rusa?

David Mauricio Figueroa Melo

Historiador y antropólogo, magíster en Historia y diplomado en geopolítica y relaciones internacionales. Interés particular en los temas de gobierno y administración pública, políticas públicas, cultura política, ideología, historia, violencia política y conflicto social. Experiencia en el campo de la enseñanza de las ciencias sociales como parte de los modelos de formación integral en la educación superior y en el desarrollo de investigaciones cualitativas.

david.figueroa@escuelaing.edu.co

Introducción

En su libro *Bailando al borde del precipicio. Una vida en la corte de María Antonieta* (Moorehead, 2010), la biógrafa e historiadora Caroline Moorehead, tomando como base los diarios personales de la marquesa de la Tour du pin, Lucie (1770-1853), describe la manera en que desde los últimos años de la década de los setenta del siglo XVIII la nobleza francesa fue cayendo en una especie de terrible sueño y peligrosa fantasía que los llevaría irremediablemente a su propia destrucción: la Revolución Francesa.

Una de las grandes particularidades que tiene el trabajo de Moorehead es que aborda la revolución más allá de las constantes y clásicas miradas sociopolíticas que han dominado su descripción y análisis. En lugar de esto, a partir de las memorias de Lucie, la autora desarrolla una mirada intimista de un evento trascendental para el surgimiento de la época y la sociedad contemporánea. Su texto nos lleva por la cotidianidad, la idiosincrasia, los sentimientos y las interpretaciones propias de los cientos de miles de mortales que vivieron la época prerrevolucionaria y revolucionaria; con esto, logra seducir a los lectores con algo que muchas veces la gran historia política y social deja un poco o bastante de lado: el aspecto humano de los procesos que han transformado a la sociedad, en este caso a la civilización occidental.

De esta manera, el contexto que generan las revoluciones crea un marco altamente desestabilizador tanto en la forma en que el individuo se interpreta a sí mismo como en la manera de interpretar a su sociedad. Sin importar el sector social, político o económico que represente la idea de lo viejo que se va y de lo nuevo que llega, impregna y condiciona todos y cada uno de los aspectos privados y públicos de los seres humanos que viven dicho evento. Como lo señala Pincus (2013, p. 58):

Las revoluciones constituyen una ruptura estructural e ideológica con el régimen previo. A menudo suponen un violento movimiento popular para derrocar el régimen anterior. Las revoluciones cambian el liderazgo político y las orientaciones políticas del Estado. Y los regímenes revolucionarios traen consigo una nueva concepción del tiempo, la noción de que está comenzando una nueva época en la historia del Estado y de su sociedad.

En este orden de ideas, el objetivo principal de este breve ensayo es abordar el impacto de la Revolución Rusa desde la mirada y el sentir de los seres de carne y hueso que la vivieron. Guardando las proporciones, y siguiendo en buena parte el ejemplo de Moorehead, nos acercaremos a este fin por medio de cuatro piezas de arte que fueron inspiradas por esta revolución. En primer lugar, dos novelas: *Así se templó el acero*, de Nikolái Ostrovski (2015) y *El doctor Zhivago*, de Borís Pasternak (2010); en segundo lugar, dos películas: *La huelga [Stachka]* de Sergei M. Eisenstein (1925) y *Rojos [Reds]* de Warren Beatty (1981). Como se verá a continuación, estas piezas, producidas a lo largo del siglo XX, dan elementos claves y relativamente accesibles para que aquel individuo interesado pueda ver el porqué, cómo y para qué de la Revolución Rusa, más allá de las miradas del academicismo tradicional.

La revolución como novela: entre la ilusión de un horizonte que se abre y la añoranza del mundo que se fue

En general, una revolución es el “relato” de modernización de una sociedad, llevado a cabo y experimentado por una generación (Pincus, 2013, p. 60). Así, la estructura de oportunidades que da muerte a un régimen y a su vez es partera de otro promulga el ideal básico de la movilidad social bautizada con la sangre de lo opresivo, caduco, tradicional, etc. En gran medida, ésta es la lectura que hizo de la Revolución Rusa Nikolái Ostrovski (1904-1936) y que dejó plasmada en su novela, casi autobiográfica, *Así se templó el acero*. Su protagonista, Pável Korchaguin, representa el núcleo puro y crudo sobre el que se montará la revolución bolchevique, es decir, los olvidados, los humildes entre los humildes, la “famélica legión” enaltecida por la Internacional o los “desterrados de la tierra” del filósofo de la descolonización Frantz Fanon.

Al igual que su creador, Pável proviene de una familia humilde ligada a las comunidades campesinas de la actual Ucrania, en aquel tiempo parte del Imperio Ruso, y en su desarrollo como “súbdito” de dicho imperio conoce que la humillación, la lucha y la desesperanza son la única posibilidad en el horizonte de futuro de las personas como él, miembros de una servidumbre en una sociedad que ya había abolido dicho sistema pero en la cual las redes de poder y dominación seguían funcionando según la lógica del viejo régimen. Es así como en las primeras semanas y meses que transcurren desde el estallido de la revolución muchas cosas son confusas para Pável; él vive en un gran desorden, el desgarramiento causado por la Primera Guerra Mundial se percibe como una herida de la cual aún brota sangre caliente, sin embargo, hay novedades en su mundo. Aunque es en San Petersburgo, o para ese momento Petrogrado, y en Moscú donde acontecen los eventos principales, en su natal Ucrania se comienzan a ver las secuelas de ese orden que se altera: el monopolio de la violencia está fuera del control de un Estado reconocido. Ahora quién es el Estado, ¿hay un nuevo zar?, ¿quién es la autoridad? Estas preguntas y sus posibles respuestas se ven materializadas frente a sus ojos: el desorden reina, la autoridad brilla por su ausencia, el poseer un arma de aquellos que vuelven de los frentes donde se ha desenvuelto la carnicería de la Gran Guerra representa una total ruptura entre el antes y el después, los cosacos de las estepas del Don practican con más prolijidad su deporte favorito: los pogromos. Estos “carnavales” de la muerte, donde el linchamiento y asesinato del chivo expiatorio

predilecto del viejo imperio, los judíos, colma el sentimiento de injusticia e insatisfacción de los distintos sectores del núcleo esclavo de la sociedad imperial.

En este contexto, para Pável una palabra se convierte en la respuesta a una de sus mayores incógnitas, ¿qué hacer?; ese vocablo es: bolchevique. En los bolcheviques y su insurrección Pável encuentra la posibilidad de romper las cadenas que lo unían al detestable orden zarista, como él mismo lo dice:

Una sección entera me prohijó, me vistieron, me calzaron, me enseñaron a leer y escribir y, lo que es fundamental, hicieron que me sintiese un ser humano. Por ellos me hice bolchevique y lo seguiré siendo hasta la muerte. Sé bien por qué se lucha: por nosotros, por los pobres, por el poder de los obreros (Ostrovski, 2015, pp. 180-181).

El “cordón umbilical” con el cual Pável se unirá a la revolución, al igual que Ostrovski lo hizo, será el Komsomol, esta especie de Boy Scout surgido como el brazo juvenil del naciente Partido Comunista, tendrá la misión de reclutar a los pioneros y la vanguardia del partido en su primera y gran difícil prueba: la guerra civil de 1917 a 1922. Fue en este contexto donde Pável tuvo la oportunidad de “templar su acero”, construir su carácter y, como las orugas que pasan a convertirse en mariposas, él pasó de ser un “olvidado”, como los de Luis Buñuel, a un comunista, un revolucionario, según él, el último y más excelso escalón de la evolución humana.

Mientras Pável Korchaguin sería ensalzado como el modelo por seguir desde los momentos más idealistas bajo el mando de Lenin, pasando por los años más oscuros de la represión del estalinismo, Yuri Andréyevich Zhivago es el arquetipo del “perdedor”, aquel que no supo adaptarse a los tiempo del cambio, como un potencial traidor y “amante” del viejo régimen, cuyo único refugio serán sus sentimientos “individualistas” hacia aquel ser que para él va más allá y es más que la revolución y el nuevo mundo que surgió de ésta: Larisa Fiódorovna Guichard, mejor conocida como Lara.

A diferencia de Así se templó el acero, la novela del Premio Nobel de literatura de 1958 Boris Pasternak, El doctor Zhivago, fue, a grandes rasgos, el necesario ejercicio de catarsis que su autor tuvo que hacer para comprender y procesar la traumática experiencia que significó la Revolución Rusa. Convertida en una de las grandes obras épicas de la literatura del siglo XX y, desde luego, en caballito de batalla del frente cultural que desarrolló la Guerra Fría, la novela de Pasternak bebe de esa colosal tradición que ha sido la novela “total” rusa como testigo en primera fila de los momentos traumáticos en la evolución de la sociedad rusa. Como la condesa Natalya Ilyinichna “Natasha” Rostova, de la monumental Guerra y paz de Lev Tolstói, que ve cómo su mundo de ensueño, la nobleza rusa, se ve amenazado por ese “demonio” producido por la Revolución Francesa que para ella es Napoleón Bonaparte; Yuri Zhivago observa de manera impávida pero consciente la Rusia que “baila al borde del precipicio”, tomando la elegante descripción de Caroline Moorehead, entre la Revolución de 1905, pasando por la cadena de eventos desafortunados que llevaría al inicio y desarrollo de la Primera Guerra Mundial, y el victorioso Octubre Rojo de 1917.

Yuri Zhivago es un personaje marcado por la tragedia y el sentimiento de pérdida. Un padre ausente, extraviado en las profundidades de la taiga siberiana; la temprana muerte de su amada madre harán que tenga que crecer de una manera rápida y cruda. Sin ser parte de la nobleza, pero tampoco de los sectores empobrecidos material e intelectualmente de ese “paciente terminal” que es el Imperio Ruso, Zhivago hace

uso de una cómoda posición económica para poder equilibrar sus dos pasiones, la ciencia, representada en su carrera como médico, y la poesía, muy posiblemente resguardada en los rincones más profundos donde se puede hallar la verdadera naturaleza de su ser. Así, pues, un Zhivago un poco desprevenido y convertido en todo un burgués de profesión liberal es el que vive los últimos latidos de ese “paciente” que está muriendo. Es en este contexto donde conoce a Lara. Ella es la representación de esa sociedad presa de los apetitos tanto de una nobleza como de una burguesía rapaz que, representada en el cínico personaje de Víktor Ippolítovich Komarovski, abogado y hombre de negocios, hace uso y desuso de ésta como un bien inmueble más. Aunque comprometido con una de sus “iguales”, Zhivago rápidamente verá en Lara tanto la debilidad como la fortaleza de aquellos olvidados, subyugados y humillados por el viejo régimen; y esa primera sensación de admiración se transformará en la base de los sentimientos que alimentarán de ahí en adelante su poesía.

¿Ve Zhivago en Lara la revolución que surge? No. Lara es más bien ese pueblo que se va a convertir en la materia prima con la cual la revolución va a experimentar y, desde la perspectiva tanto de Zhivago como de Pasternak, el gran resultado de esa experimentación es la tragedia. Pasternak es consciente de que los males que han de venir no iniciaron con unos bolcheviques “malos” y “conspirativos” que socavaron y apuñalaron por la espalda ese maravilloso mundo que era la Rusia imperial. Para él, el mismo régimen zarista fue cavando su propia tumba bajo el peso de su incompetencia. Qué mejor descripción de lo anterior que la trágica pero perfecta descripción que hace Zhivago de la figura del zar cuando éste visita el frente de batalla, durante la Primera Guerra Mundial, mientras Yuri sirve como médico de la milicia:

El zar sonreía confuso y daba la impresión de ser mucho más viejo y falto de energía que en los rublos y las medallas con su efigie. Tenía la cara flácida, ligeramente abotargada. A cada momento miraba de reojo, con aire culpable, a Nikolái Nikoláyevich, sin saber lo que se esperaba de él en esas circunstancias, y Nikolái Nikoláyevich lo sacaba del apuro inclinándose respetuosamente hacia su oído, incluso sin articular palabra, sólo con un movimiento de cejas o de hombros. El zar inspiraba pena en aquella mañana de gris y tibia montaña, y era horrible pensar que semejante reserva temerosa y timidez pudieran constituir la esencia del opresor, que con esa debilidad se pudiese condenar e indultar, encadenar y absolver (Pasternak, 2010, p. 167).

A lo largo de la Primera Guerra Mundial, desde la revolución, tanto de febrero como de octubre de 1917, hasta la guerra civil, Zhivago se curtirá, sin quererlo, como un revolucionario más. La violencia y confusión de los acontecimientos lo engullirá y escupirá mientras él trata de reencontrarse con esa mujer e hijo que tuvo que dejar; y el destino lo lleva a Lara y lo vuelve a alejar de ella. En otras palabras, Zhivago es el “vehículo narrativo” del que hace uso Pasternak para mostrarnos que en tiempos de revolución y de construcción del “hombre y el mundo nuevo” el ser humano no se puede dar el lujo de “satisfacer” su individualismo dándole rienda a sus sentimientos. Esta visión cruda debe ser ponderada desde la óptica de un hombre, Pasternak, cuyo amor por Rusia lo terminó convirtiendo en un prisionero del proyecto político que la perfilaría en todo el siglo XX.

La revolución en movimiento: del realismo socialista al Hollywood contestatario

Siguiendo la famosa frase de Francisco Goya, “El sueño de la razón produce monstruos”, se podría resumir la película de Sergei Eisenstein, *La huelga*, como “La idea de libertad produce víctimas”. Realizada de acuerdo con los parámetros de una industria cinematográfica estatal que buscaba expandir las ideas de la nueva ideología y el estado comunista, *La huelga* (1925) busca ejemplificar las raíces que dieron vida a las ideas y las acciones revolucionarias. Desarrollada en el proceso de industrialización de las últimas décadas del Imperio, más exactamente en la ciudad de San Petersburgo, Eisenstein quiso mostrar un pequeño fragmento del universo obrero con sus contradicciones y potencialidades a la hora de dar ese salto al vacío que es la revolución. La lógica dialéctica entre los obreros de la fábrica y los burgueses dueños de ésta da como resultado el despertar de un profundo sentimiento de injusticia que llevará a la concientización de una clase social y el reclamo de sus derechos.

Hasta aquí podría pensarse que todo va bien. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos mostrará las debilidades y fracturas internas de la clase obrera que terminarán inclinando la balanza hacia los dueños de los medios de producción, haciendo uso de la jerga más ortodoxa dentro del marxismo, y con esto al aplastamiento y destrucción de la huelga. El uso de una técnica de edición cinematográfica desarrollada por el mismo Eisenstein servirá para mostrar el nivel de crudeza de los eventos. Por ejemplo, los dueños de la fábrica arrojando los hijos pequeños de los obreros desde los pisos altos, la policía a caballo pasando por encima de los huelguistas y, tal vez la más contundente, la escena final cuando el director realiza un ejercicio de analogía en que pone al mismo nivel los obreros masacrados por la autoridad y el ganado sacrificado en el matadero.

Posiblemente una de las principales curiosidades de la película de Warren Beatty, *Reds*, que describe buena parte de la vida del periodista y miembro del Partido Comunista de los Estados Unidos John Reed, es que se haya estrenado en 1981, a finales del primer año de gobierno de una de las administraciones más anticomunistas de la época de la Guerra Fría, la del presidente republicano Ronald Reagan. *Reds* se convirtió en una de las películas más populares de ese año y obtuvo doce nominaciones a los premios Oscar de la Academia, incluyendo el de mejor película, de los cuales recibió tres: director, actriz secundaria y cinematografía.

Como se mencionó anteriormente, Beatty describe la vida de Reed haciendo énfasis en su faceta como revolucionario en la piedra angular del capitalismo mundial del siglo XX: los Estados Unidos de América. Empezando con una escena que muestra a Reed cubriendo como periodista los eventos de la Revolución Mexicana, la película sigue sus pasos como un convencido y rudo comunista que busca que su partido y sus copartidarios ganen un espacio político en la cerrada y hostil sociedad norteamericana de principios de siglo que persigue cualquier cosa que huelga a comunismo. El compromiso con su ideario, y también con su labor periodística, llevará a Reed al corazón de la Revolución Rusa, en la mismísima Petrogrado, lo cual dará como resultado el ya clásico libro *Diez días que estremecieron al mundo*.

A pesar de los golpes y frustraciones de su vida tanto política como personal, Reed nunca va a abandonar su compromiso con la causa de la revolución mundial, y dedicará la última parte de su existencia a la defensa de la Revolución Rusa en el peligroso y cambiante escenario de la guerra civil que siguió a la

proclamación de ésta. *Reds* fue una gran apuesta de compromiso no sólo cinematográfico sino político por parte de un Warren Beatty que durante muchos años militó en el sector de izquierda del Partido Demócrata de los Estados Unidos.

Conclusión

Las obras anteriormente consideradas no sólo tienen en común la influencia que ejerce sobre ellas el impacto de la Revolución Rusa; también comparten, desde distintas orillas y experiencias de vida, el compromiso de sus disímiles autores por tratar de mostrar y preservar una mirada sobre la revolución que fuera más allá del análisis social, político y económico y, en cambio, tuviera como eje central la experiencia trasformativa que, para bien o para mal, fue la revolución para ellos. Al cumplirse los cien años de la Revolución de Octubre se nos presenta una valiosa oportunidad de ver ese gran acontecimiento desde una perspectiva intimista que a la larga tuvo su impronta en la interpretación de unos públicos tan amplios, variados y cambiantes como aquellos que vivieron esos ya lejanos días de ese octubre de 1917.

Referencias

- Beatty, W. (productor y director). (1981). *Reds*. Estados Unidos: Paramount Pictures.
- Mikhin, B. (productor) & Eisenstein, S. M. (director). (1925). *Stachka*. Unión Soviética: Goskino, Proletkult.
- Moorehead, C. (2010). *Bailando al borde del precipicio. Una vida en la corte de María Antonieta*. Madrid: Turner Noema.
- Ostrovski, N. (2015). *Así se templó el acero*. Madrid: Ediciones Akal.
- Pasternak, B. (2010). *El doctor Zhivago*. Barcelona: Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg.
- Pincus, S. (2013). *1688. La primera revolución moderna*. Barcelona: Acantilado.



La Revolución Rusa de 1917 y su impacto en Colombia: el caso de la colectivización de la tierra

Juan Carlos Lopera Téllez

Filósofo con opción en Ciencia Política de la Universidad de los Andes, con estudios en Filosofía Política realizados en la Universidad de Bourgogne (Dijón, Francia), y magíster en Ciencia Política. Investigador y docente universitario en temas de seguridad, conflicto armado, construcción de paz, construcción de ciudadanía y Estado. Experiencia en análisis y gestión de riesgos sociopolíticos en el sector empresarial.

juan.lopera@escuelaing.edu.co

Introducción

La Revolución Rusa de 1917 fue, sin lugar a dudas, uno de los acontecimientos más importantes del siglo XX y, aun con eventos como los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la posterior guerra contra el terrorismo, este acontecimiento continúa teniendo una enorme relevancia en las primeras décadas del siglo XXI. Cien años después de ocurrida, su desarrollo y sus consecuencias delimitaron inevitablemente el cauce de la mayor parte de los asuntos económicos, políticos, sociales e ideológicos a lo largo y ancho del mundo.

Como era de esperarse, las olas generadas por lo ocurrido en la Rusia de inicios del siglo XX tocaron suelo latinoamericano y Colombia no fue ajena a ello. Lo anterior no quiere decir que la Revolución Rusa haya sido orquestada para tener efectos internacionales, que se verán en años posteriores cuando en diferentes países se tomen dichos acontecimientos como ejemplos o contraejemplos de ideales de vida, y cuando el mismo gobierno soviético vea necesario agrandar su área de influencia para garantizar su propia supervivencia.

Al contrario, la Revolución de Octubre sólo es posible explicarla a la luz de las realidades específicas de diferentes grupos sociales en Rusia; realidades sin las cuales la toma de poder por parte de los bolcheviques no hubiera sido posible (Fazio, 1995). Este punto es importante no sólo para entender la aceptación o rechazo por parte de la población de las iniciativas del gobierno bolchevique en suelo soviético, sino también para explicar los logros y fracasos al intentar implementar esas mismas políticas (o, por lo menos, convencer de su importancia) en otras sociedades.

En este marco, el presente escrito trata de identificar cómo la idea referente a la colectivización de la tierra fue acogida en el contexto ruso, así como en el colombiano, centrandó el análisis en el papel que jugaron los campesinos en estos dos países. Cabe señalar que en Rusia los campesinos se enfrentaron a una política impulsada por el gobierno soviético, mientras que en Colombia se trató de un grupo político que intentó convencer a sectores campesinos de los beneficios de llevarla a la práctica.

El proceso de colectivización en Rusia

El proceso de colectivización de la tierra llevado a cabo en Rusia luego de la Revolución de 1917 fue una de las transformaciones más significativas de la agricultura en la historia reciente de ese país, un cambio que podría considerarse mucho más grande que la misma descolectivización de la década de los noventa (Hunter, 1988). Para muchos académicos, este proceso de colectivización de la tierra se debería entender desde las mismas acciones de resistencia de los campesinos (Fitzpatrick, 1994); pero es claro que un sistema tan ampliamente implementado no habría soportado el paso de las décadas sin dinámicas de “acomodamiento” o “aceptación” dentro de los vastos sectores de la población.

Dentro de la literatura referente a la colectivización de la tierra en la URSS, existe una tendencia a considerar que este proceso respondió a la crisis surgida entre 1927 y 1929, crisis en la cual los campesinos habrían retenido gran parte de sus cosechas, debido a los bajos precios, y habrían generado desabastecimiento en las ciudades; todo ello incluso teniendo buenos niveles de producción (Lewin, 1991). Como respuesta a esta actitud desafiante, el gobierno habría hecho de la colectivización una política agraria de urgencia para obtener granos de forma más fácil y económica.

Esta visión desconoce la situación de hambruna que desde muchos años atrás venía afectando al país (Bushkovitch, 2012, pp. 367-ss). Al respecto, finalizada la Primera Guerra Mundial, entre 1920 y 1921 la URSS debió aceptar más de 700.000 toneladas de alimentos provenientes de la Administración de Auxilio Estadounidense (American Relief Administration, ARA). Igualmente, en el transcurso de la década de los veinte la URSS se vio azotada por sequías que impactaron de manera significativa la producción del campo; lo anterior, sumado a la implementación del primer plan quinquenal para la economía, que ocasionó una migración masiva de campesinos hacia emplazamientos industriales, y generó inevitablemente desabastecimiento de alimentos por falta de mano de obra en el campo. No está de más mencionar que la suma de todos estos acontecimientos llevaría a la URSS a importar grandes cantidades de grano.

Igualmente, esta visión minimiza los efectos del Decreto sobre la Tierra, promulgado en 1917 tras el éxito de la revolución bolchevique, que abolía la propiedad privada y ordenaba la redistribución de la tierra entre los campesinos, lo cual permitía la reconstitución de las *obschinas*, que eran formas tradicionales colectivistas de producción agraria que los campesinos vieron debilitadas por las reformas modernizadoras introducidas por el zarismo años atrás (Fazio, 2017).

Siguiendo a Hoffmann (2011), aunque muchos líderes soviéticos culpaban de la hambruna de finales de la década de los veinte a especuladores que retenían cosechas, igualmente identificaban que el problema del campo era su escasa industrialización; problema que se veía reflejado a la hora de hacer frente a sequías o atraer mano de obra. Será, entonces, apuntando a resolver estas causas de la hambruna, que los líderes soviéticos emprenderán formalmente el mencionado proceso de colectivización. Esta política inició con la creación de los *sovjós*, grandes granjas agrícolas mecanizadas cuya producción dependía directamente del Estado, y cuyos primeros resultados positivos mostraron a los líderes soviéticos que la misma podría ser la solución a los problemas de desabastecimiento. Igualmente, se formalizaron los *koljós*; organizaciones colectivas de campesinos que tuvieron como base las *obschinas* arriba mencionadas (Abashin, 2017; Grant, 1976).

Visiones críticas sobre la campaña de colectivización realizada entre 1929 y 1930 afirman que fue precisamente en este periodo cuando se presentó la mayor cantidad de protestas sociales (Viola, 2000). En otras palabras, se considera que los campesinos se opusieron desde el primer momento a la implementación de dicha política; pero esta tesis estaría desconociendo lo que pudo haber sido la naturaleza misma del inconformismo de dicho sector de la población.

Como lo señala Moon (2000), la mayoría de las protestas se habrían originado por un desconocimiento de las políticas que impulsaban la colectivización. La existencia de rumores que sostenían que tales políticas buscaban reinstaurar la servidumbre de la época zarista, se toma allí como un ejemplo. Para soportar esta idea, Moon señala que cerca del 80 % de las protestas fueron disueltas pacíficamente por las autoridades cuando se les explicaba a los manifestantes que la colectivización no iba en contra de sus formas tradicionales de producción.

De todas formas, lo anterior no quiere decir que el régimen soviético no haya usado la violencia (en muchos casos excesiva) para obligar a ciertos sectores campesinos a trabajar en los sovjós o integrar los koljós. Sectores como los kulaks, agricultores que poseían tierras y contrataban trabajadores, quienes para la época representaban cerca del 8 % de la población, fueron los que más sufrieron los excesos de las autoridades soviéticas.

El elemento clave en toda esta discusión será entonces el papel que va a jugar aquella forma tradicional de producción representada en la obschina. Por medio de ella las autoridades soviéticas habrían logrado que grandes sectores del campesinado aceptaran o se acomodaran a las políticas introducidas en torno a la propiedad y producción de la tierra para tecnificarla. Aunque no es objeto de este artículo analizar el éxito de la colectivización, para nadie es un secreto que dicha política terminó mostrando su ineficiencia, por lo que fue desmontada finalmente en la década de los noventa.

La colectivización en Colombia: ¿una imposibilidad cultural?

Aunque es posible rastrear la emergencia de discursos socialistas en Colombia desde 1910, el periodo más dinámico de los grupos que apoyaban esta ideología, por lo menos en la primera mitad del siglo XX, se dio en los años siguientes a 1926, momento en el que facciones de dichos grupos socialistas colombianos se van a acercar al comunismo internacional (Vanegas & Otis, 2008), y en el que ocurrirán eventos como la Huelga de las Bananeras en el Magdalena (diciembre de 1928) y la denominada Insurrección Bolchevique en el Tolima (julio de 1929).

En este periodo también se fundó el Partido Comunista Colombiano (1930), organización desde la cual se impulsó, de manera mucho más estructurada, un trabajo pedagógico con comunidades para transmitir los principios ideológicos del comunismo. Pero aquí la izquierda colombiana tuvo que enfrentarse a contradicciones estructurales, especialmente con el ideario de la población campesina alrededor del tema de la propiedad.

Para el caso, Bergquist (2017, pp. 269-271), recordando anécdotas escritas por Nicolás Buenaventura, uno de los principales militantes de la izquierda colombiana en el siglo XX, señala que el mayor problema

al que se enfrentaron quienes defendían la colectivización y la estatalización de la tierra en Colombia fue el arraigo que tenía el campesino en torno a la propiedad privada. Aunque pueda sonar paradójico, los campesinos organizados por el Partido Comunista que luchaban en contra de las grandes haciendas, por regla general, terminaron convirtiéndose en pequeños propietarios por cuenta de los procesos de parcelación; algo que sería, en últimas, el único logro concreto de dicho partido: hacer una modesta contribución a la redistribución de la tierra en el país. En otras palabras, el Partido Comunista, desde sus bases, terminó siendo un partido de propietarios.

Bergquist (2017, pp. 275-ss) desarrolla una sugestiva explicación de este fenómeno, relacionando características económicas y demográficas de la población colombiana. En primer lugar, señala que los mestizos (que eran mayoría en el país), tendían a identificar sus intereses con las élites blancas, liberales o conservadoras. Dicho de otra forma, para grandes sectores de esta población el estilo de vida de las élites blancas, incluyendo el interés por la propiedad privada, se convirtió en un ideal; estos anhelos bien podrían explicar los cambios registrados entre los censos de 1851 y 1912, en los que las personas que se consideraban mestizas pasaron de ser el 65 al 49 % de la población.

Profundizando en esta tendencia, siguiendo los argumentos de Bergquist, si se analizan las dinámicas que se construyeron alrededor de la producción de café en Colombia se puede observar que quienes producían las tres cuartas partes del mismo eran pequeños y medianos agricultores.

Los primeros censos cafeteros no revelan los dueños de estas fincas, pero el censo cafetero levantado por las Naciones Unidas en 1955 sí tiene datos sobre la tenencia de tierra. Este último censo muestra que el 88 % de las fincas de menos de 2.500 árboles, 78 % de las de 2.500 a 25.000 árboles y 57 % de las fincas de 25.000 a 125.000 árboles, eran trabajadas y administradas por sus propios dueños (Bergquist, 2017, p. 279).

En su gran mayoría, tales dinámicas en torno a la propiedad de la tierra en las zonas cafeteras no se construyeron a partir de protestas sociales organizadas por partidos de izquierda, sino que fueron fruto del esfuerzo individual de personas afiliadas a los partidos tradicionales, algo que pudo contribuir a llenar de significado todos aquellos discursos afines al capitalismo, promovidos tanto por las élites liberales como por las conservadoras. En otras palabras, dentro del ideario de ese gran sector de campesinos que impulsó la producción cafetera en Colombia (producción que se convertiría en el principal motor de la economía colombiana por muchos años), la propiedad de un pedazo de tierra pasó a ser el eje central de lo que podía entenderse como “progreso individual”.

Estos idearios sociales a los que se vio enfrentada la izquierda en Colombia bien pueden verse reflejados en el poco apoyo de los campesinos (y muy seguramente de sectores sociales menos favorecidos que presenciaron el progreso de las familias cafeteras) a organizaciones políticas de izquierda; falta de apoyo que explica la debilidad de éstas frente a los partidos tradicionales. Los resultados de las elecciones presidenciales que se desarrollaron en Colombia desde el triunfo de la revolución bolchevique hasta el colapso de la URSS así lo atestiguan (Bergquist, 2017).

Consideraciones finales

Muchos de los que han analizado la debilidad de la izquierda en Colombia han hecho énfasis en las políticas de represión utilizadas por las élites tradicionales del país para restringir las oportunidades políticas de organizaciones socialistas o comunistas. De todas formas, esta aproximación al problema no toma en cuenta el gran poder militar que alcanzaron a tener grupos subversivos como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). La fortaleza lograda por estas guerrillas se explica, en gran parte, por la falta de control territorial del Estado colombiano; falta de control que, para el caso, bien pudo haber sido usada para impulsar procesos pedagógicos y generar conciencia en la población campesina sobre los principios del comunismo.

Que la falta de control territorial no se haya podido aprovechar de esta forma, indica que las dificultades de la izquierda en el país, desde la década de los veinte hasta la de los ochenta, fueron más allá del simple ejercicio de la coerción por parte de las autoridades estatales. Mientras en Rusia la implementación de las políticas de colectivización pudo haber usado a su favor aquellas formas tradicionales de producción campesina, en Colombia estas mismas ideas se habrían chocado con un ethos diferente; con un arraigado anhelo por la propiedad privada.

Para terminar, no está de más mencionar que, luego de la caída del muro de Berlín, los movimientos de izquierda comenzaron a alejarse paulatinamente de estas ideas sobre la colectivización de la propiedad, llevando la discusión sobre sus diferencias con la derecha a otros terrenos. Hoy en día tales discusiones se centran, por ejemplo, en la cantidad y calidad de los servicios que deberían prestar los estados a sus ciudadanos (salud, educación, etc.). También se centran en temas medioambientales y de derechos humanos. En últimas, luego del colapso de la URSS, los extremos del espectro ideológico izquierda-derecha perdieron relevancia, lo cual le dio paso a una multiplicidad de posturas, menos radicales, menos dogmáticas, ubicadas dentro del segmento.

Referencias

- Abashin, S. (2017). Stalin's rais: governance practices in a Central Asian kolkhoz. *Central Asian Survey*, 36(1), pp. 131-147.
- Bergquist, C. (2017). La izquierda colombiana: un pasado paradójico, ¿un futuro promisorio? *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 44(2), pp. 263-299.
- Bushkovitch, P. (2012). *Historia de Rusia*. Madrid: Ediciones Akal, S. A.
- Fazio, H. (1995). El octubre ruso de 1917: una aproximación interpretativa. *Historia Crítica*, 11, pp. 1-16.
- Fazio, H. (2017). La Revolución Rusa de 1917: dilemas e interpretación. *Historia Crítica*, 64(2), pp. 27-38.
- Fitzpatrick, S. (1994). *Stalin's peasants: resistance and survival in the russian village after the collectivization*. Oxford: Oxford University Press.
- Grant, S. (1976). Obshchina and Mir. *Slavic Review*, 35(4), pp. 636-651.
- Hoffmann, D. (2011). *Cultivating the masses: modern state practices and soviet socialism, 1914-1939*. Ithaca: Cornell University Press.
- Hunter, H. (1988). Soviet agriculture with and without collectivization, 1928-1940. *Slavic Review*, 47(2), pp. 203-236.
- Lewin, M. (1991). Russia/USSR in historical motion: an essay in interpretation. *The Russian Review*, 50(3), pp. 249-266.
- Moon, D. (2000). Russia's Rural Economy, 1800-1930. *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 1(4), pp. 679-690.
- Viola, L. (2000). Popular resistance in the stalinist 1930: soliloquy of a devil's advocate. *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 1(1), pp. 45-69.